

HOY: 15 de MARZO del 2007



DISPARO EN RED: Boletín electrónico de ciencia-ficción y fantasía.

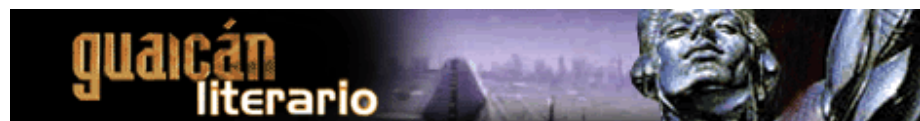
De frecuencia mensual y totalmente gratis.

Para descargar disparos anteriores:

<http://www.esquina13.co.nr>

<http://www.cubaunderground.com>

El sitio web del Fantástico Cubano



<http://www.cubaliteraria.cu/guaican/index.html>

Editores:



Darthmota.



Jartower.

Colaboradores:

Taller de Creación ESPIRAL de ciencia ficción y fantasía.

[espiral@centro-onelio.cult.cu](mailto:espiral@centro-onelio.cult.cu) , [espiralgrupo@yahoo.es](mailto:espiralgrupo@yahoo.es)

Anabel Enríquez Piñeiro

István Bent

Yoss

Juan Pablo Noroña

Coghan

Raúl Aguiar

Víctor Hugo Pérez Gallo

**Portada:** Future Folk.

**Universo:** Elf Quest.

# DISPARO EN RED

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

## 0. CONTENIDOS:

1. La frase de hoy: Neal Stephenson.
2. Artículo: Robert Ervin Howard y Conan: El hombre y el mito, Yoss.
3. Cuento clásico: Duelo en Sirte, Poul Anderson.
4. Cuento made in Cuba: El capitán, el piloto y la sirena, Juan Pablo Noroña.
5. Apócrifos: Necrobias: Prólogo, Stanislaw Lem.
6. Las cosas que vendrán (...y que pasan).
7. ¿Cómo contactarnos?

1. LA FRASE DE HOY:

—Fui incapaz de arrancar la prueba de manos de la niña —dijo Chang.  
—Le he visto matar hombres adultos con las manos —le recordó el juez Fang (...)  
—La edad no ha tenido misericordia.

Neal Stephenson

La era del diamante:

Manual ilustrado para jovencitas.

AL INDICE

## 2. ARTICULO: ROBERT ERVIN HOWARD Y CONAN: EL HOMBRE Y EL MITO

Por Yoss

Debes saber, ¡oh príncipe! que luego de que los océanos inundaran Atlantis y las resplandecientes ciudades, y antes del surgimiento de los hijos de Aryas, hubo una edad no soñada en la que, como las estrellas en el manto azul del cielo, brillantes reinos ocuparon la Tierra: Nemedias; Ophir; Brythunia; Hyperborea; Zamora, con sus mujeres de cabellos negros y sus torres de terrorífico misterio; Zingara, con sus altivos caballeros; Koth, que colindaba con las infinitas tierras de pastos de Shem; Estigia, con sus milenarias tumbas guardadas por sombras; Hyrkania, cuyos fieros jinetes usaban acero, seda y oro. Pero el más orgulloso era Aquilonia, que reinaba supremo sobre el dormido occidente.

Y allí llegó Conan, el cimero, cabello negro, adustos ojos, espada en mano, ladrón, asaltante, asesino, de grandes tristezas y grandes alegrías, dispuesto a pisotear con sus pies calzados con sandalias los enojados troncos de la Tierra.

Las Crónicas Nemedias (versión del autor)

Con estas palabras sobre un mapa de la Tierra tal y como debió ser en la Era Hyboria<sup>1</sup> de Conan comienza aún hoy cada número de *La espada salvaje de Conan el bárbaro* de *Comics Forum*, Editorial Planeta-De Agostini (con historietas tomadas de *The Savage Sword of Conan* de la *Marvel Group*), uno de los comics que por más tiempo se ha mantenido en venta en el mundo. Si a sus álbums dobles (*SuperConan*) le sumamos la publicación periódica de otras historietas sobre el Bárbaro de Bronce como *Conan Rey*, *Conan el conquistador* y *Conan el bucanero*, una desangelada pero larga serie de dibujos animados y dos películas y media interpretadas por el forzudo Arnold Schwarzenegger<sup>2</sup>, más un casi innumerable

---

<sup>1</sup> Dibujado por Tony Edwards y Eliot R. Brown inspirados a su vez en un mapa del propio Robert E. Howard.

<sup>2</sup> La primera y sin duda la mejor: *Conan The Barbarian*, dirigida por John Milius con guión de Oliver Stone, un potente aunque algo fascista exergo de Nietzsche (*Lo que no te destruye te fortalece*), excelente música original de Basil Poledouris y la actuación del imponente James Earl Jones como el hechicero maléfico Thulsa Doom (originalmente un mago con cabeza de calavera que enfrenta no a Conan sino otro bárbaro howardiano que también llega a ser rey, Kull de Valusia... pero se pueden perdonar ciertas versiones ¿no?) y

surtido de merchandising de inspiración “bárbara” y la influencia que el mundo Hyborio ha influido sobre la estética musical y sobre todo visual de grupos de rock como *Manowar*, *Virgen Steel*, *Armoired Saint*, *Crom* y *Rhapsody*, es fácil llevarse una idea de la avasalladora popularidad de la que goza el personaje creado por Robert E. Howard.

Por si alguien no nos conoce o no se ha dado cuenta, somos fans confesos de Conan y de Howard. Desde que a los 11 años cayó en nuestras manos un *comic-book* ilustrado por el magistral Barry Windsor-Smith, las historias del cimerio no han dejado de acompañarnos y fascinarnos.

Pero aún así, este no será uno de los muchos e hipermeticulosos artículos de fan-coleccionista, de los que confrontan fechas, personajes, dibujantes y escenarios de los relatos o historietas de sus ídolos, tratando de descubrir hasta el más mínimo gazapo. Ni tampoco, aunque este año se conmemora el centenario de su natalicio, una más de las tantas y magníficas biografías escritas sobre el escritor texano.

Este es apenas un esbozo para una investigación sobre el hombre como creador de mitos. Pero de todas maneras habrá que decir algo sobre quién fue Robert E. Howard, antes de pasar a ver cómo y por qué en su relativamente corta vida dejó una huella tan notable en el imaginario del hombre del siglo XX.

#### EL HOMBRE: UN ESBOZO BIOGRAFICO

Robert Ervin Howard nació un 22 de enero de 1906 en Peaster, Texas, y estudió el bachillerato y algunos cursos universitarios en Brownwood, pero vivió la mayor

---

un infantil Jorge Sanz como Conan niño; la segunda, *Conan The Destroyer*, (1984) del algo menos inspirado Richard Fleischer, repitió la música de Poledouris y a un Arnold todavía más melencólico y sobre todo más macizo que en la primera, sumando a una andrógina extravagante Grace Jones interpretando a uno de los tantos compañeros del cimerio que originalmente era masculino, al imponente jugador de baloncesto Wilt Chamberlain como uno de los malos y a la joven y atractiva Olivia D'Ábo como la princesa encaprichada en perder su virginidad entre los musculosos del austríaco, fue mucho menos cuidada y podría haberse llamado “Juanito el de la espada grande” o algo así. Y la dos y media fue la lamentable *El guerrero rojo (Red Sonja)*, (1985) (¿por qué “el guerrero” si se trataba de una dama?) con la bella, muy espigada y tetuda danesa y ex chica Stallone Brigitte Nielsen interpretando a la invencible espadachina pelirroja, y un Conan que nunca revela su verdadero nombre, pero que cualquiera que conozca de la difícil relación entre los dos personajes habría reconocido hasta si no fuese de nuevo el inefable Arnold Negro-Negro (esta vez sin siquiera enseñar sus notables pectorales) el que lo interpretara. Ahora se habla de una nueva versión, con efectos especializados digitalizados y el carismático luchador de wrestling *The Rock* (que ya fue muy convincente como bárbaro forzudo en *El Rey Escorpión*) interpretando al enorme cimerio. Pero ya se sabe, corren tantos rumores en Hollywood...

parte de su vida en Crossplains, pequeña localidad de la zona central de Texas, bastante cercana a Abilene.

Desde su infancia fue un ávido lector. Coinciden sus biógrafos<sup>3</sup> en que de pequeño su inteligencia precoz lo convirtió en un inadaptado, objeto de los clásicos abusos que suelen padecer por parte de compañeros más robustos y zafios tanto niños brillantes pero físicamente débiles. Abusos que lo marcaron: al crecer y como compensación se convirtió en un fanático de los deportes y de la gimnasia y llegó a ser un consumado boxeador y jinete. Fue el fin de las provocaciones: al alcanzar la madurez medía más de un metro ochenta de estatura, era musculoso<sup>4</sup>, pesaba unos noventa kilos y en opinión de uno de sus *sparrings* habituales en el cuadrilátero *“habría sido un más que pasable peso completo”*. También practicó la lucha libre y grecorromana. Era introvertido, poco convencional, caprichoso e irritable, propenso a sentimientos extremos, a atracciones intensas y aversiones violentas<sup>5</sup>.

Pero este “hombre de hierro” en una ocasión también escribiría: *“...una de las principales razones por las que nunca llegaré a ser nada es que soy demasiado condenadamente sensible”*. Bajo su apariencia de tipo duro latía un corazón vulnerable. Amaba a la naturaleza y a los animales: en varias oportunidades fue de caza con sus amigos, pero sin llegar a matar nunca ninguna pieza. Esta sensibilidad llegaba hasta el extremo de que cuando en 1929 el viejo perro de la casa, *Patches* (*Parches*) enfermó de modo incurable, su joven amo se trasladó a Brownwood y solo regresó en 1930, cuando el animal ya había muerto.

---

<sup>3</sup> Nuestra fuente principal fue Albert Wildmarth... o sea Alberto Silván Gutiérrez, y L. Sprague de Camp. Ah, y claro, la página web oficial de REH. Muy bien hecha, los invitamos a visitarla.

<sup>4</sup> O al menos lo que entonces se entendía como tal. Basta con mirar las fotos para darse cuenta de que distaba bastante de parecer un culturista de hoy. Claro, todavía Charles Atlas estaba en sus primeros pasos y Joe Weider no había creado su famoso método de musculación armónica. Probablemente REH habría protestado contra lo artificialmente hipertrofiada de la musculatura de Arnold, el más famoso intérprete de Conan. A fin de cuentas, ni siquiera los gladiadores romanos entrenaban científicamente con pesas. Un bárbaro nunca habría sido elegido Míster Olimpia: fuerza sí, pero demasiada grasa para ser visualmente hermoso. Pero de todos modos no cabe duda de que personajes como Conan y Kull, descritos como excepcionalmente altos y corpulentos tenían mucho del propio REH, o de su autoimagen.

<sup>5</sup> El subrayado es nuestro, claro ¿se nota la similitud con la introducción de *Las Crónicas Nemedias*? Sería interesante saber quién copió a quién. ¿El biógrafo al escritor, o viceversa?

Según algunos de sus conciudadanos (no parece haber tenido verdaderos amigos fuera de Lovecraft<sup>6</sup> y Clark Ashton Smith, por otro lado geográficamente muy lejanos, ya que vivían en la Costa Este), padecía de delirio de persecución, y en su caprichosa paranoia llegó a solicitarle a su sastre que, contraviniendo la moda de entonces, le acortara los bajos del pantalón “para evitar enredarse si alguien lo atacaba” y por si fuera poco, debajo acostumbraba a usar zapatillas altas de luchador “para protegerse los tobillos de cualquier llave o zancadilla”. Hay hasta quien dice que solía usar pistola, pero no hay pruebas que respalden tal afirmación<sup>7</sup>.

Padeció de sonambulismo desde 1927, y sus convencionalísimos vecinos los Hutler solían quejarse cuando, sobre todo en verano, con las ventanas abiertas, permanecía tecleando enérgicamente en su máquina de escribir hasta altas horas de la noche, y otras veces cantando bajo el porche.

Su primer relato apareció<sup>8</sup> ya en 1925 en las páginas de la revista *Weird Tales*, donde también publicaron H. P. Lovecraft y otros autores del llamado “círculo lovecraftiano” como Clark Ashton Smith, Robert Bloch y August Derleth. Luego vendería decenas de historias a esa y otras publicaciones periódicas, pues no solo escribió 21 relatos completos sobre el bárbaro cimerio<sup>9</sup>, dejando incompletos

---

<sup>6</sup> En sus cartas se la pasaban discutiendo de fantasía, concepciones del mundo y las semifascistas teorías raciales sobre las que ambos eran tan dados a especular. El ciudadano Lovecraft era decidido partidario de los pueblos sedentarios y civilizados, REH de los nómadas y bárbaros, por supuesto. Lovecraft le recriminaba el conceder más importancia a la fuerza bruta que al pensamiento, y él le ripostaba reprochándole haber idealizado el hipócrita y pacato Siglo XVIII. Mientras que el hombre de Providence era autoritario y dogmático en sus epístolas, REH se mostraba liberal, a veces hasta algo anárquico. Lovecraft era un anglófilo acérrimo, y su corresponsal texano decididamente celtófilo. Si en algo coincidían era la primacía de la raza aria. Pero valga la aclaración de que debe entenderse este término solo en el sentido original en que utilizado por prehistoriadores como Gordon Childe, de ideología totalmente contraria a la de otros que más tarde se apropiaron del vocablo, como los nazis.

<sup>7</sup> Habría sido más bien extraño, en alguien que no tenía corazón para disparar contra animales indefensos y que en numerosas obras llegó al extremo de deplorar el arco y la ballesta como “armas poco viriles” porque mataban a distancia.

<sup>8</sup> *Spear and Fang*. Dato para satisfacer a los especialistas puntillosos.

<sup>9</sup> Tras el título de cada relato aparece el del volumen en que fueron recopilados, así como el número de la revista (mayormente *Weird Tales*, pero no solo) en que fueron originalmente publicados

- **El fénix sobre la espada** CONAN EL USURPADOR (*Weird Tales*, diciembre 1932)
- **La ciudadela escarlata** CONAN EL USURPADOR (*Weird Tales*, enero 1933)
- **La torre del elefante** CONAN (*Weird Tales*, marzo 1933)
- **El coloso negro** CONAN EL PIRATA (*Weird Tales*, junio 1933)
- **La sombra deslizante** CONAN EL AVENTURERO (*Weird Tales*, septiembre 1933)
- **El estanque del negro** CONAN EL AVENTURERO (*Weird Tales*, octubre 1933)
- **Villanos en la casa** CONAN (*Weird Tales*, enero 1934)
- **Sombras a la luz de la luna** CONAN EL PIRATA (*Weird Tales*, abril 1934)



algunos que fueron luego terminados en su mayoría por L. Sprague de Camp<sup>10</sup>, sino una larga serie de historias sobre otros caracteres más o menos de fantasía heroica, como Kull de Valusia<sup>11</sup>, Bran Mak Morn<sup>12</sup> y Turlogh O'Brien, y sobre personajes

- 
- **La reina de la costa negra** CONAN EL CIMMERIO (*Weird Tales*, mayo 1934)
  - **El diablo de hierro** CONAN EL VAGABUNDO (*Weird Tales*, agosto 1934)
  - **El pueblo del círculo negro** CONAN EL AVENTURERO (*Weird Tales*, septiembre 1934)
  - **Nacerá una bruja** CONAN EL PIRATA (*Weird Tales*, diciembre 1934)
  - **Las joyas de Gwablur** CONAN EL GUERRERO (*Weird Tales*, marzo 1935)
  - **Más allá del río negro** CONAN EL GUERRERO (*Weird Tales*, mayo y junio 1935)
  - **Sombras en Zambula** CONAN EL VAGABUNDO (*Weird Tales*, noviembre 1935)
  - **Conan el conquistador** CONAN EL CONQUISTADOR (*Weird Tales*, diciembre 1935 a Abril 1936)
  - **Clavos rojos** CONAN EL GUERRERO (*Weird Tales*, julio a septiembre 1936)
  - **El dios del cuenco** CONAN (*Space Science Fiction*, septiembre 1952)
  - **La hija del gigante helado** CONAN EL CIMMERIO (*The Fantasy Fan* marzo 1934)
  - **El valle de las mujeres perdidas** CONAN EL CIMMERIO (*The Magazine of Horror*, primavera 1967)
  - **El tesoro de Tránicos** CONAN EL USURPADOR (*Fantasy Magazine*, marzo 1953)

<sup>10</sup> Es obvio que Sprague de Camp se tomó bastantes libertades con las notas de REH. Y la diferencia entre sus relatos "completados" y los originales se nota. A continuación del título de la historia y sus autores damos algunos datos que podrían resultar interesantes para los fans más empedernidos.

- **El aposento de los muertos** CONAN (R. E. Howard y L. S. de Camp) El manuscrito hallado constaba solo de 850 palabras.
- **La mano de Nergal** CONAN (R. E. Howard y L. Carter) Fragmento de Howard de tres páginas.
- **El Dios manchado de sangre** CONAN EL CIMMERIO (R. E. Howard y L. S. de Camp) L. S. de Camp adaptó el relato de REH de su serie de aventuras en el actual Afganistán, titulado *The Curse of the Crimsom God (La maldición del dios rojo)*, introduciendo algún elemento fantástico.
- **Un hocico en la oscuridad** CONAN EL CIMMERIO (R. E. Howard, L. Carter y L. S. de Camp) Fragmento inacabado de REH
- **Halcones sobre Shem** CONAN EL PIRATA (R. E. Howard y L. S. de Camp) Se trata de una adaptación del relato de Howard *Hawks over Egypt* que trata del califa loco del siglo XI Hakin.
- **El camino del las águilas** CONAN EL PIRATA (R. E. Howard y L. S. de Camp) Es una historia de Howard adaptada por L. S. de Camp.
- **Lobos más allá de la frontera** CONAN EL USURPADOR (R. E. Howard y L. S. de Camp) Es un relato completado por L. S. de Camp.
- **La daga llameante** CONAN EL VAGABUNDO (R. E. Howard y L. S. de Camp) En 1934 Howard escribió una aventura oriental que tiene como protagonista a Francis Xavier Gordon titulada *Three Bladed Doom* que constaba de 42.000 palabras. Como le pareció demasiado larga la redujo al año siguiente a 24.500. La adaptación de de Camp que contiene elementos fantásticos es de 31.000.
- **Los tambores de Tombalko** CONAN EL AVENTURERO (R. E. Howard y L. S. de Camp) Relato de Howard que es completado por L. S. de Camp, quien de paso corrige bastantes nombres étnicos de las tribus negras.

<sup>11</sup> O mejor sería decir de Atlantis. Es un claro precursor de Conan: un bárbaro que llega a sentarse en el trono de la nación más civilizada de su tiempo, aquí Valusia en vez de Aquilonia. Kull tenía como tótem al tigre, (durante sus andanzas como pirata en la Cosa negra, Conan fue apodado amra "el león de las olas") prefería usar el hacha de doble hoja (uno de sus mejores relatos se titula *Con este hacha reino*) y desconfiaba de brujos y hechiceros lo mismo que el cimerio. Pero, sortilegios mediante, en una ocasión estos dos campeones de épocas diferentes llegan a e encontrarse y reconocerse como almas gemelas.

Hay una película relativamente reciente sobre este personaje, *Kull el conquistador*, de bajo presupuesto pero con una interpretación bastante convincente del alto y forzudo Kevin Sorbo, que se hizo famoso por su personificación de Hércules en la serie televisiva fantástica homónima.

<sup>12</sup> Un caudillo picto descendiente de Brule el de la Lanza, legendario compañero de Kull. Es interesante que en el momento de escribir esta historia casi no se sabía nada sobre los pictos, así que Howard simplemente inventó la mayor parte de los detalles sobre este primitivo pueblo celtobritano. Las sagas épico-míticas de

más cercanos en el tiempo como Red Sonja<sup>13</sup> o Solomon Kane<sup>14</sup>, así como una novela de “fantasía interplanetaria”, *Almuric*<sup>15</sup>, cuentos de terror y misterio, aventuras orientales, oestes o sobre boxeo (al que era personalmente muy aficionado) llegando incluso a probar suerte con un relato erótico.

Puede decirse que era el prototipo del escritor profesional, que al vivir de su pluma está dispuesto a escribir sobre todo lo que le paguen... y disfrutarlo de paso. Y se diría que al menos por un tiempo no le fue nada mal. En medio del crack financiero tras el 29 llegó a ganar más dinero por sus relatos que ningún otro habitante de Crossplain, sin exceptuar al banquero local... lo que no significa que fuese mucho. Con los ingresos de la venta de sus historias se mantenía a sí mismo y a su anciana madre, ya que aunque su padre, también de avanzada edad, era médico rural, la depresión económica había afectado de tal modo a la región que muchos de sus pacientes granjeros le pagaban con pollos y viandas.

Cuando la madre enfermó de la vesícula biliar las cosas fueron de mal en peor para los Howard. Los gastos médicos y de hospitalización endeudaron hasta el cuello a REH sin que su progenitora diera muestras de mejorar. A principios de junio *Weird Tales* debía a uno de sus más apreciados colaboradores una verdadera fortuna, cerca de 800 dólares entre cuentos ya publicados y por publicar: obligados por la falta de fondos, habían adoptado la política de fraccionar y demorar sus pagos. Sabedor de que la revista no atravesaba por un momento boyante (como todo el país, por otra parte) Howard ya ni siquiera aspiraba a poder cobrar todo aquel dinero, pero en una carta a Fansworth Wright, entonces editor de *Weird Tales*, reconoció abiertamente

---

Howard, aunque situadas en épocas diferentes, tendían a enlazarse. El mejor ejemplo es *El valle del gusano*, ciclo de relatos sobre la memoria racial centrados en una bestia ancestral horrible y asquerosa que diferentes generaciones de guerreros deben enfrentar.

<sup>13</sup> Aunque muy familiar para los lectores de las historietas de Conan, la bella y habilísima esgrimidora de los cabellos de fuego y el exiguo bikini de cota de malla que solo podrá entregarse al hombre que la venza en combate justo, aparece originalmente en un relato histórico de REH, ambientado en el cerco de los turcos a Viena. Su contraparte masculina en dicho texto es un robusto, talludo y bebedor caballero teutón en el que pueden reconocerse muchos rasgos del cimerio, aunque sea rubio y no de negros cabellos.

<sup>14</sup> Una verdadera rareza en la obra de REH: un adusto espadachín de la Inglaterra puritana que lucha contra forajidos, hombres-lobos, vampiros y brujos africanos sin probar alcohol ni permitirse mujer, con la pura saña de un paladín. De lectura recomendada..

<sup>15</sup> El forzado y pasional Esaú Cairn, acorralado por la policía, acerta la oferta del clásico científico genial y loco para ser transportado a otro planeta, el extraño y primitivo Almuric. Al cabo de unos años regresa, contra todo pronóstico, para contar sus muchas aventuras al sabio. Novela de clara inspiración burroughsniana (Almuric en vez de Barsoom, Esaú Cairn en vez de John Carter) pero con muchos pasajes interesantes.

que con aquel ínfimo goteo de medios cheques le resultaba imposible no ya pagar sus deudas, sino simplemente vivir. Era un grito desesperado de auxilio que no obtuvo respuesta.

Su albacea literario y continuador, L. Sprague de Camp, ha dicho que Howard se suicidó “abatido por la muerte de su anciana madre, a quien amaba de modo exagerado<sup>16</sup>” pero parece ser que más se trató de una decisión cuidadosa y largamente meditada. Como habrían hecho sus personajes, a los que tanto importaba el honor, un desesperado REH decidió abandonar el escenario sin dejar cabos sueltos, y con cierto estilo grandilocuente.

El 8 de junio de 1936 Hester Howard Sank entró en coma, y dos días más tarde su hijo compraba terreno para tres tumbas en el cementerio Brownwood. Ya había dejado instrucciones a su agente, Otis Klane, sobre qué hacer con sus cuentos en caso de fallecimiento, luego envió todos los textos que tenía a *Weird Tales* con claras instrucciones. Despojado de la pistola que acostumbraba tener en casa por su prudente padre, pidió prestado a un amigo un revólver Colt 38 de acción doble, automático. Unos días antes había conversado con un amigo paterno, también médico, el Dr. Dill, sobre la casi segura mortalidad de un disparo en la cabeza. En la mañana del 11 de junio visitó por última vez a su madre, y contra su costumbre, inquirió sobre sus posibilidades de recuperación. Cuando una enfermera le respondió negativamente, la única barrera entre Robert Ervin Howard y su decisión de morir se desvaneció.

Regresó a su casa, escribió cuatro líneas de un poema redactado en su infancia<sup>17</sup> y luego salió y dentro de su coche, un Chevy de 1935, se colocó la pistola en la sien y disparó. Pero sus planes estuvieron a punto de fracasar: probablemente debido a su notable vigor físico, no murió hasta ocho horas después. Su madre lo siguió al cabo de otras 31 horas, y están enterrados juntos.

---

<sup>16</sup> Afirmación de la que muchos psicoanalistas de fin de semana han querido deducir un complejo de Edipo y hasta una posible homosexualidad que la empedernida soltería de REH corroboraría, pero en nuestra opinión ya eso es hilar demasiado fino y dejarse llevar por el vicio de pensar lo peor de los demás. Por favor: la mayoría de las veces una espada es una espada, y no un símbolo fálico.

<sup>17</sup> All fled, all done / So lift me on the pyre / The feast is over / And the lamps expire. Nuestra traducción sería: Todo voló, todo terminó / Así que alzáme a la pira / La fiesta ha acabado / Y las lámparas expiran. Una cuarteta que no habría desentonado en los funerales de Patroclo, si se pudiera traducir al griego, claro.

Y con esto basta<sup>18</sup>. La vida del escritor solo nos interesa en tanto que material para analizar la extraña pero innegablemente poderosa vitalidad que manifiestan sus creaciones.

#### EL MITO: LAS RAZONES DE UNA PRESENCIA.

De entre todos los personajes más o menos épicos brotados de la pluma de REH, nos centraremos en la figura de Conan de Cimeria, no solo por ser uno de sus tipos más logrados, sino sobre todo por tratarse de su carácter más popular.

La primera impresión que se tiene de Conan es que se trata del clásico energúmeno, todo músculos y nada de cerebro, acostumbrado a resolverlo todo con la violencia. En efecto, al ser interrogado el mismo REH sobre el por qué de su evidente complacencia con personajes más bien rudos y poco dados a la reflexión, respondió: *«Son seres elementales. Cuando los metes en un lío, nadie espera que te devanes los sesos inventando modos sutiles y maneras ingeniosas para hacerles salir del atolladero. Son demasiado estúpidos para hacer otra cosa que cortar, golpear o arrastrarse hasta quedar libres»*

Es decir, una fuerza de la naturaleza, elemental e incontenible. Razonando por simple inducción, podría llegarse a la conclusión de que Conan, con su fe en su espada y sus bíceps y su instintiva desconfianza de la hechicería<sup>19</sup>, expresaba de modo más o menos metafórico el sentir de un Howard que, como buena parte del pueblo norteamericano, estaba cansado de demagogia y palabras vacías y había perdido y la fe en sus líderes políticos que parecían incapaces de sacar al país de la peor crisis económica y social de su historia hasta el momento. La culpa era de un puñado de bribones y aprovechados a los que había que correr a patadas porque era el único lenguaje que realmente respetaban, y ¿quién mejor que un Conan para eso?

Visto así, se diría que el cimero es un claro antecedente de Hulk<sup>20</sup>, todo músculos e ira... pero resulta que, a despecho de lo que pensara su creador (ya se

---

<sup>18</sup> Repetimos que el que quiera convertirse en experto en Howard mejor consulte en Internet alguna de sus muchas y excelentes biografías.

<sup>19</sup> Y extiéndase el concepto de brujería más o menos a todo saber sofisticado.

<sup>20</sup> Enorme y musculoso, pero verde y de origen radiactivo. Y Conan no tenía doble personalidad. En lo adelante haremos más de una comparación con otros superhéroes Marcel o DC. Después de todo, fue en los duros años 30 cuando surgieron arquetipos como Superman, Batman y el Capitán América, con el claro propósito de dar esperanzas a un pueblo bastante decepcionado de la realidad.

sabe que ni siquiera los autores son dueños absolutos de su personajes) muchas veces el bárbaro de bronce hace gala de notables ingenio y capacidad de reflexión.

Y no solo se trata de la elemental astucia del guerrero que, enfrentándose a un oponente físicamente más poderoso, trata de aprovechar esa fuerza para destruirlo. Ni de la sofisticada habilidad como esgrimista o luchador de la que hace gala casi constantemente venciendo a enemigos que lo superan en número o armamento<sup>21</sup>... sobre todo sin utilizar ningún complejo o secreto arte marcial como los que practicaban, por ejemplo, los misteriosos guerreros de piel amarilla de Khitai.

La cosa va mucho más allá. Luchando con los casi divinos brujos del Círculo Negro, Conan es capaz de descubrir que su punto débil no está en sus cuerpos, sino en el altar en forma de serpientes entrelazadas que contiene sus almas. Jugando la partida decisiva por el trono de Aquilonia con el tenebroso mago Thulandra Thuu, es capaz de burlar sus negros sortilegios aliándose con el pueblo de sátiros de los bosques, que soplando sus flautas ultrasónicas infunden el famoso “terror pánico” en las filas enemigas, del que las huestes del general Conan se libran ¡taponándose los oídos!<sup>22</sup> Y luego, al ocupar el trono aquilonio, no solo gobierna con la ruda justicia que cabría esperarse, sino que es capaz de sortear decenas de intrigas y conspiraciones palaciegas, llegar a viejo sin ser derrocado y hasta legar tranquilamente la realeza a su hijo Conn antes de marcharse al nuevo mundo, ya con unos respetables 60 años “*a buscar nuevas aventuras en sitios donde me respeten como hombre y no como rey*”.

Los ejemplos sobran. El teóricamente lerdo e inflexible guerrero no desdenna disfrazarse oscureciendo su piel nórdica para poder pasar inadvertido entre los negroides habitantes de Koth. Ni en hacer alianzas con demonios tan implacables como el inmortal Imhotep, el Devastador de Mundos, cuando ambos descubren que tienen al mismo astuto hechicero como enemigo. Y sobre todo, cuando es completamente superado, como durante la invasión bucanera a las piráticas islas Barachas, su primitivo código del honor no le impide huir para salvar la piel, según

---

<sup>21</sup> Su enfrentamiento con un arquero, armado él solo de espada y daga, en el camino a la Ciudad de los Magos, es uno de los episodios que mejor ilustra su dominio de la técnica de combate.

<sup>22</sup> Y cualquier semejanza con el proceder de Ulises en la Odisea no es pura coincidencia, sospechamos.

el sabio precepto de que quien escapa hoy vive para luchar mañana, y de que la mejor ética es la que mantiene más tiempo vivo al que la practica.

Algunos han querido ver en este casi sabio proceder del que debía ser el bruto por antonomasia la mano de de Camp<sup>23</sup>, pero analizando lo ocurrido con otros personajes de Howard llegamos a la conclusión de que REH nunca trató de hacer pasar a su hijo literario por estúpido. Como Kull o Solomon Kane, Conan no desprecia la inteligencia y el conocimiento... solo desconfía de ellos, porque pueden servir lo mismo para el bien que para el mal. Las espadas y las hachas también, claro, pero esas al menos nadie las maneja y por tanto entiende mejor que él. Y si falla el razonamiento o no funciona la astucia, nada mejor que tener a mano una espada bien afilada, un brazo fuerte para empuñarla... y un buen par de piernas para correr, si hiciera falta.

Que conste que no proponemos a Conan como una especie de Hombre del Renacimiento, experto en todas las artes de la guerra, la diplomacia y el gobierno. Pero concedámosle que si fue capaz de abandonar su helada y nativa Cimeria en busca de mejores oportunidades, debió tener una ambición y una inteligencia un poco mayores que las que tradicionalmente se espera que posean la clase de ser estúpido y elemental que REH creyó haber creado. Los tontos no se lanzan a correr aventuras, son arrastrados por ellas<sup>24</sup>... y ni siquiera saben moverse luego en la corriente de los acontecimientos.

Lo que nos lleva directamente al meollo de la popularidad del cimerio. La clave no está en sus músculos ni en su falta de razonamiento, ni en su fe en la espada como *ultima ratio reguée*, ni siquiera en los exóticos escenarios en los que se desarrollan sus peripecias, repletas de ciudades perdidas, monstruos híbridos, razas olvidadas y magia oscura, sino más bien en un rasgo consustancial al sueño americano: su condición de *self-made -man*, de hombre que labra su propio destino desdeñando todas las adversidades, que se siente nacido para grandes empresas y llega a

---

<sup>23</sup> Puede que tengan algo de razón... como mismo parte de la popularidad de canana podría deberse a los esfuerzos sistematizadores que de Camp invirtió ordenando las más o menos caóticas narraciones originales de REH en una única línea temporal coherente.

<sup>24</sup> ¿Recuerdan lo que le ocurrió al caserísimo Bilbo Baggins, convertido de tranquilo vecino en saqueador por obra y gracia del humor de Gandalf? Y eso que el hobbit a la larga demostró estar hecho de una pasta mucho más recia de la que todos, incluso él mismo, habían creído.

desdeñar compartir el trono que le ofrece una princesa por amor con las orgullosas palabras de “*Yo tendré mi propio reino*”<sup>25</sup>. Es el paradigma del “*otros pueden ¿por qué no puede usted?*” de Andrew Dale Carnegie y el *Reader’s Digest*, solo que envuelto en pieles, no en traje de seda, y con espada en vez de cartera de hombre de negocios. De bárbaro inculto sin antecesores nobles ni ricos a guerrero temido por todos sus adversarios y finalmente a rey. El perfecto arribista social, el trepador arquetípico.

Conan el triunfador, el que nunca se rinde. ¿Podía imaginarse mejor símbolo de esperanza para los norteamericanos en plena crisis? Ciertamente que no vivía en el complicado mundo moderno de tecnología y ciencia, pero las intrigas a las que se enfrentaba nada tenían que envidiarle a las actuales. Y, a diferencia de Superman, no disponía de poderes sobrehumanos y casi infinitos, sino solo de su instinto bárbaro y sus músculos, grandes y resistentes, sí, pero nada que un buen norteamericano no pudiera lograr con un poco de afición por el deporte<sup>26</sup>.

La curiosa actitud del bárbaro hacia la religión es también ejemplar: rezar a los dioses está bien si hay tiempo, pero ¿ha ayudado alguna vez un dios a un humano que no estuviera dispuesto a ayudarse a sí mismo? Ni hablar. Crom, el dios herrero cimero dueño del secreto del acero, se ríe de los hombres debajo de su montaña, y no tiene mucho sentido implorar su favor y menos con su clemencia<sup>27</sup>. Un poco por el estilo de los buenos WASP norteamericanos: blasfemar es feo, mejor no hacerlo (por si caso) pero ayúdate y Dios te ayudará<sup>28</sup>.

Alguien que podía dirigir un ejército o un reino o viajar con algún que otro compañero, pero que en última instancia sabía que solo podía fiarse 100% de sus propias fuerzas: la concreción del espíritu de frontera de la Expansión al Oeste que hizo grandes a los Estados Unidos. Conan roba y mata, es cierto, pero esta más o

---

<sup>25</sup> Se trata del bocadillo final de la por otro lado lamentable película *Conan the Destroyer*.

<sup>26</sup> Volviendo al mundo de los superhéroes, los referentes más cercanos serían el Batman de Bob Kane y el superarquero defensor de la ley, Flecha Verde (aunque este nunca dejó de ser un secundario de Linterna Verde y se extinguió soñando la popularidad del Caballero Oscuro). Grandes gracias a su preparación física y dominio de la técnica, no a disponer de superfuerza o supervelocidad ni lanzar rayos misteriosos.

<sup>27</sup> Sirva como ejemplo el parlamento más largo de Arnold Schwarzenegger en *Conan the Barbarian*: (cito de memoria) *Crom, sabes que no soy bueno en esto de rezar. Pero, por favor, recuerda que somos pocos y ellos muchos. Así que ayúdanos... o si no ¡vete al diablo!*

<sup>28</sup> Los españoles en tiempo de la Reconquista tenían una cuarteta perfecta para estos casos: *Vinieron los sarracenos / y nos molieron a palos / que Dios ayuda a los malos / cuando son más que los buenos.* Sin

menos justificado: lo hace luchando contra una ley para la que no contaron con él y que a veces no le deja más espacio que el crimen. Y otras veces solo ejerce el muy norteamericano y sacrosanto derecho de cada hombre a defenderse o tomarse la justicia por su mano<sup>29</sup>.

En pocas palabras: no es el blando, domesticado y sofisticado habitante de una cultura urbana, sino de un bárbaro: el *cowboy*, el cazador-trampero, el motorista o el camionero solitarios que tanto peso tuvieron y aún tienen en el inconsciente colectivo de los EE. UU. El triunfo de la difusa periferia que loa y favorece la individualidad sobre el centro despersonalizador y enemigo de los caracteres no estandarizados.

Otro elemento contribuyó en no poca medida a la popularidad del personaje de REH: Conan no es solo el superhombre, sino también el supermacho de apetito sexual insaciable, con un amor en cada recodo de su vagabundo andar, la verga errabunda y prepotente que no se arredra ni ante verdaderas víboras espadachines acostumbradas a deshacerse acero en mano de cualquier pretendiente molesto, como Red Sonja o Valeria de la Hermandad Roja, aunque pueda respetar como colegas a las mercenarias de la Hermandad de la Espada. Un individuo sin lazos afectivos demasiado duraderos, aunque no inmune al amor<sup>30</sup>, solo que siempre dispuesto a empezar de nuevo cuando la compañera muere o lo abandona. Un hombre, en fin, que los desocupados norteamericanos de los años 30, a los que la pérdida del rol de abastecedor fundamental del hogar por culpa de la ola de desempleo hacía sentirse como eunucos ante sus exigentes esposas, y también a menudo obligados a viajar en busca de trabajo, podían tomar orgullosamente como modelo.

Enorme y físicamente poderoso, astuto y solitario, vagabundo de ética elástica pero básicamente honorable, amigo de sus amigos, mujeriego y bebedor, iracundo a veces y otras pronto a la franca carcajada ¿qué hombre no quisiera ser como él? Lejos estaban aún los tiempos del *Women's Liberation* y de la mojigatería del

---

comentarios.

<sup>29</sup> Si la ultrareaccionaria e hipernorteamericana NRA (Asociación Nacional del Rifle, recuerden el documental *Bowling in Columbine*) no le eligió a Conan como uno de sus santos patrones es solo porque el cimerio nunca disparó un buen Winchester...

<sup>30</sup> Recuerden su período con Belit, la fiera reina pirata de la Costa Negra.



*politically correct*<sup>31</sup>. Los hombres, cuando eran hombres, eran hombres, y si no, no eran hombres. Pese a las tortuosas interpretaciones seudofreudianas de muchos estudiosos de la Era Hyboria, el homosexualismo, sobre todo el masculino, parece estar prácticamente ausente del ultraviril universo del bárbaro<sup>32</sup>. Los hombres débiles huyen, negocian o atacan por la espalda: no tratan de sobrevivir pasando por mujeres de otros hombres.

Y con el pasar de los años, el encanto casi primitivo de Conan y sus aventuras, lejos de disminuir, parece haber aumentado. No importa que, habituados ya a escritores fantásticos que son verdaderos estilistas, a estas alturas el lenguaje de REH parezca burdo o primitivo, sus diálogos esquemáticos, sus en un tiempo fascinantemente exóticos paisajes poca cosa en comparación con los escenarios alienígenas que ofrecen la ciencia ficción y la fantasía modernas, la geografía de su apenas esbozado Mundo Hyborio un refrito de varias copias de uso de universos fantásticos y de lugares de este mínimamente disfrazados.

Hasta lo que podría resultar su peor *handicap* en contra, sus personajes demasiado arquetípicos, se vuelve su principal carta de triunfo. Porque estamos seguros de que es justamente por eso, por ser la concreción de los sueños, la personificación de los anhelos de tantos hombres, que Conan, el primordial bárbaro cimero, sigue pisoteando con sus sandalias los enjoyados cenáculos de la sofisticada literatura seria para sentarse imbatible en el trono de la duradera popularidad.

**YOSS (José Miguel Sánchez Gómez):** La Habana, Cuba (1969). Licenciado en Ciencias Biológicas por la Universidad de La Habana en 1991. Comenzó a escribir a los quince años, con su incorporación a los Talleres Literarios. Entre otros a obtenido el Premio de

---

<sup>31</sup> Es difícil imaginar algo menos *politically correct* que un bárbaro eructando y bostezando en la mesa mientras palmea prepotente el trasero de una camarera ligera de ropas que le sirve más vino y más carne. Pero también difícil imaginar algo más "natural" para el imaginario machista.

<sup>32</sup> Aunque la historia está llena de ejemplos de homosexuales "ultraviriles": Alejandro Magno y sus *hetairoi* de la caballería, los 400 de la Legión Tebana, los jinetes mongoles, los piratas del Caribe y tanto grupo de hombres solos y en peligro constante de muerte que no alcanzaban a satisfacer su sana necesidad de sexo violando prisioneras o con prostitutas alquiladas. A menudo se contraponen la Era Hyboria de REH a la Tierra media de JRR Tolkien, planteando la primera como más realista y llena de fango, sangre y traición contra la idealización caballeresca de la segunda, pero resulta curioso que el elemento homoerótico mencionado esté completamente ausente en ambas fantasías. Un universo fantástico realmente realista, (si es que la cosa no es

cuento de ciencia ficción de la revista cubana **Juventud Técnica**, 1988, el Premio **David** de ciencia ficción 1988 con el libro de cuentos **Timshel** (publicado por Editorial UNION, 1989), el Premio Plaza de ciencia ficción, 1990, el Premio **Luis Rogelio Noguerras** de ciencia-ficción 1998, con **Los pecios y los naufragos**, (publicado por Ediciones Extramuros, 2000), el Premio **Calendario** de la AHS en ciencia ficción 2004 por el libro de cuentos **Precio justo** (publicado por la Editorial Abril, 2006). Es miembro de la UNEAC desde 1994.

**Correo electrónico (E-mail)::** [yoss00@hotmail.com](mailto:yoss00@hotmail.com)

Nota: Los editores de Disparo en Red ofrecemos 5 millones de disculpas por haber puesto reseñas bibliográficas de Yoss que no se correspondían con la realidad. Esta es la reseña correcta, aunque muy resumida.

[AL INDICE](#)

### 3. CUENTO CLASICO: Duelo en Sirte

Poul Anderson

La noche entregaba su mensaje, nacido a muchas millas de aquella soledad, llevado por el viento, repetido por los líquenes y los árboles enanos, transmitido de unas a otras por las pequeñas criaturas que se escondían bajo las peñas, en cuevas, o a la sombra de las móviles dunas. Sin palabras, pero despertando un oscuro impulso de miedo que repercutía en el cerebro de Kreega, corría la advertencia:

—*Están cazando otra vez.*

Kreega se estremeció ante una súbita ráfaga de viento. La noche profunda lo rodeaba por todos lados, desde la férrea amargura de las colinas a las resplandecientes y móviles constelaciones, a años-luz sobre su cabeza, y advirtió que sintonizaba sus temblorosas percepciones con la maleza, con el viento y con las pequeñas plantas ocultas a sus pies, al dejar que la noche le hablara.

Estaba solo. No había ningún otro marciano en cien millas a la redonda; únicamente los animalitos y matorrales estremecidos por el agudo y triste soplo del viento.

El grito sin voz de la muerte corría por el matorral de planta en planta, encontrando un eco en los aterrados pulsos de los animales y en las rocas que lo reproducían por reflexión.

Kreega se cobijó bajo un alto risco. Sus ojos, como lunas amarillas, relumbraban en la oscuridad, plenos de terror y de frío aborrecimiento. El exterminio se iba realizando implacablemente en un círculo de diez millas a la redonda, dentro del cual se hallaba, y pronto el cazador vendría tras él. Miró el indiferente relucir de las estrellas y se estremeció.

Todo comenzó pocos días antes, en la oficina del comerciante Wisby.

—Vengo a Marte para llevarme un «buhito» —explicó Riordan.

Wisby observó al otro hombre por encima de sus lentes, calibrándolo.

Aun en rincones olvidados por Dios, como en aquel Puerto Armstrong, se escuchó hablar de Riordan, heredero de una empresa de navegación aérea que él extendió por todo el sistema; también era famoso como cazador de piezas mayores. Desde los dragones de fuego

de Mercurio hasta los helados reptiles de Plutón, lo cazó todo. Excepto, claro está, un marciano; cuya caza estaba prohibida por entonces.

—Ya sabe que es ilegal. Son veinte años de condena si lo atrapan —advirtió Wisby.

—¡Bah! El comisionado para Marte está ahora en Ares, a la mitad del ecuador del planeta. Si vamos decididos a nuestro objetivo, ¿quién va a enterarse? —Riordan terminó de un sorbo su bebida—. De lo que estoy bien convencido es que, dentro de otro año, habrán estrechado tanto la vigilancia que será imposible conseguir algo. Esta es la última oportunidad que dispone alguien para adjudicarse un buhito, y por eso estoy aquí.

Wisby, indeciso, miró por la ventana. Un terrícola, en traje de vuelo y casco transparente, bajaba la calle, y una pareja de marcianos se recostaba contra la pared. Por lo demás, nada en absoluto. La vida en Marte no era muy grata a los humanos.

—¿No habrá caído usted en esa martofilia que hace estragos en la Tierra? —preguntó Riordan, despreciativo.

—¡Oh, no! —repuso Wisby—. Pero los tiempos han cambiado. No se puede evitar.

—Antes fueron esclavos —gruñó Riordan.

—Sí, los tiempos cambian —repitió suavemente Wisby—. Cuando los primeros hombres llegaron a Marte, hace cien años, la Tierra concluía de padecer las Guerras Hemisféricas, las peores que el hombre conoció. Ellas hundieron e hicieron odiosas las viejas ideologías de Libertad e Igualdad. Las personas se volvieron recelosas y rudas. Tenían que existir, que sobrevivir. No fueron capaces de comprender a los marcianos ni pensar en ellos sino como en animales inteligentes. ¡Eran unos esclavos tan útiles! Podían alimentarse con poca comida, calor y oxígeno, y hasta eran capaces de aguantar quince minutos sin respirar. Y la de los marcianos se convirtió en una hermosa caza, la de unos seres inteligentes que podían escapar en muchas ocasiones, y aún arreglárselas para matar al cazador.

—Ya lo sé —contestó Riordan—. Por eso quiero cazar uno. Si la pieza no tiene defensa, la caza no es divertida.

—Pero ahora es distinto —prosiguió Wisby—. La Tierra ha permanecido en paz un largo tiempo. Una de las primeras reformas fue la de terminar con la esclavitud marciana.

Riordan lanzó un juramento.

—No tengo tiempo de filosofar con usted. Si puede conseguir que cace a un marciano, se lo agradeceré.

—¿En cuánto?

Hubo entre ellos un breve regateo antes de fijar una cifra. Riordan estaba provisto de fusiles y de una lancha cohete, pero Wisby debía suministrar el material radiactivo, un «halcón» y un perro. El precio final resultó elevado.

—Y ahora, ¿dónde consigo mi marciano? —inquirió Riordan, y señalando con un gesto a los dos que había en la calle, añadió.

—¡Atrape a uno de esos y suéltelo en el desierto!

Ahora le tocó a Wisby mostrarse despreciativo.

—¿A uno de esos? ¡Bah! ¡Vagabundos de ciudad! Un terrícola le daría a usted más guerra. Los marcianos no parecían impresionantes. De algo más de un metro de estatura, sus piernas eran flacas y sus pies estaban provistos de garras y sus brazos terminaban en cuatro huesudos y ágiles dedos. Tenían el pecho amplio y robusto, pero la cintura era ridículamente estrecha. Eran vivíparos, de sangre caliente, y amamantaban a sus hijos; pero estaban cubiertos de plumaje gris. Las cabezas redondas estaban armadas de curvados picos, tenían enormes ojos ambarinos y las orejas rematadas por penachos de plumas, que justificaba su apodo de «buhitos». Vestían sólo cinturones con bolsillos y llevaban agudos puñales. Ni siquiera los liberales de la Tierra estaban dispuestos a permitir a los indígenas el uso de armas modernas. Había demasiados agravios acumulados.

—Lo que usted necesita —dijo Wisby— es un marciano de la vieja época, y yo sé dónde hay uno.

Extendió un mapa sobre el escritorio, y dijo:

—Mire usted aquí, en las colinas de Hraef, a unas cien millas. Estos marcianos tienen una larga vida, quizás de dos siglos, y este sujeto, Kreega, ha merodeado por ahí desde que llegaron los primeros terrícolas. Dirigió muchos ataques marcianos en los primeros tiempos, pero desde la paz y amnistía general, vive solitario allá arriba, en una de las torres derruidas. Se trata de un viejo guerrero. Viene por aquí de cuando en cuando y trae pieles y minerales para cambiar; por eso sé algo sobre él —y los ojos de Wisby relampaguearon con rencor—. Nos haría usted un favor disparando sobre ese maldito arrogante. Ronda por aquí como si este sitio le perteneciera. Le sacará jugo a su dinero cazándolo.

La fuerte cabeza de Riordan asintió, con satisfacción.

El cazador tenía un halcón y un perro. Aquello era malo para la presa. El perro podía seguir su rastro por el olor y el pájaro, localizarlo desde lo alto.

Kreega se sentó en una cueva mirando, entre las arenas, matorjos requemados por el sol y rocas socavadas por el viento, y a varias millas de allí, los destellos metálicos del cohete posado en el suelo. El cazador era una manchita en el enorme paisaje estéril, un insecto solitario que se movía bajo el rojo anaranjado del cielo. Un débil y pálido sol se vertía sobre las rocas pardas, ocres o rojizas, sobre los bajos y polvorientos matorrales espinosos, los retorcidos arbustos y la arena que se movía débilmente entre ellos.

Solitario o no, el cazador tenía un arma, llevaba animales, y hasta un aparato de radio en la nave-cohete con el que llamar a sus compañeros. Y la muerte trazaba en torno a ellos dos un círculo encantado, que Kreega no podría franquear sin atraer sobre sí una muerte aún peor que la que el rifle podría darle.

Pero, ¿había una muerte aún peor que aquella: ser fusilado por un monstruo y que luego éste se llevase su piel disecada como trofeo? El viejo orgullo férreo de su raza se irguió en Kreega, duro, amargo e irreductible. Él no le pedía mucho a la vida en aquellos días; soledad en su torre para reflexionar sobre la larga evolución de los marcianos y crear esas pequeñas, pero exquisitas obras de arte que amaba, la compañía de los seres de su raza en la Estación de la Asamblea, grave y antigua ceremonia que le procuraba un áspero goce, y la posibilidad de engendrar y dejar tras de sí, hijos; una visita ocasional a los establecimientos de los terrícolas para obtener las mercancías de metal y vino (únicas cosas valiosas que habían traído a Marte); un vago anhelo de llevar a los suyos a un lugar donde pudiesen vivir como iguales ante todo el Universo. Nada más.

Barbotó una maldición contra los humanos y reemprendió su trabajo. Estaba tallando una punta de lanza. El matorral crujió, seca y alarmantemente; pequeños animalillos ocultos chillaron con terror, y el desierto entero le previno que el monstruo se dirigía hacia su cueva. Pero ya no podía escapar.

Riordan esparció el isótopo del metal pesado en un círculo de veinte kilómetros de diámetro alrededor de la torre.

El isótopo radiactivo que empleaba tenía una vida media de unos cuatro días, lo que significaba que no sería seguro acercarse a aquellos lugares al menos en unas tres semanas;

dos, como mínimo. Había, pues, tiempo para acosar al marciano en un espacio tan reducido. No existía siquiera el riesgo que éste intentase cruzarlo. Los marcianos habían aprendido lo que significaba la radiactividad, desde los primeros días de su lucha con los terrícolas.

Riordan puso en marcha un aparato de alarma en su nave-cohete que, si no volvía dentro de dos semanas a desconectarlo, emitiría señales, y éstas, oídas por Wisby, le traerían auxilio. Comprobó el resto de su equipo. Tenía un traje de vuelo adaptado a las condiciones de vida marciana; un compresor que daría al aire del planeta la necesaria presión para que él pudiera respirarlo y, asimismo, absorbería el anhídrido carbónico de su respiración. También llevaba un rifle del 45, construido para disparar en Marte. Y, desde luego, brújula, binoculares y catre de campaña.

Para un caso extremo, cargó también un pequeño tanque de suspensina, gas que, mediante el giro de una válvula, podía mezclarse al aire que respirara, ya que tenía la propiedad de paralizar las terminaciones nerviosas locales y retrasar el metabolismo hasta el punto que un hombre pudiese vivir durante semanas con una bocanada de aire. Pero Riordan no esperaba tener que emplearlo. Sería desagradable yacer tendido y con plena conciencia, esperando que funcionara la señal automática para llamar a Wisby.

Silbó a sus animales. Eran bestias indígenas, de antaño domesticadas por los marcianos y luego por el hombre. El perro era como un lobo; flaco, pero de enorme pecho emplumado. El halcón, en la tenue atmósfera marciana, necesitaba una envergadura de dos metros para poder elevar su pequeño cuerpo.

Riordan no había mirado de cerca la torre. Era un edificio derruido que aún se erguía en la cumbre de una colina rojiza. Antiguamente —un ayer acaso diez mil años atrás—, los marcianos habían alcanzado una civilización que creó ciudades, agricultura y una cierta tecnología de tipo neolítico. Pero, según sus propias tradiciones, lograron una simbiosis con la vida salvaje del planeta y abandonaron, por inútiles, los mecanismos.

El perro ladró, y su ladrido pareció caer del frío y tranquilo aire, rebotar contra las rocas y quebrar y morir, a su pesar, bajo el hondo silencio. De pronto, saltó; había descubierto huellas.

El mismo Riordan dio otro gran salto que la escasa gravedad le facilitaba, mientras brillaban sus ojos verdes como el hielo herido por el sol. La caza había comenzado.

La respiración en los pulmones de Kreega se hizo rápida, dura y dolorosa. Sintió debilitarse y pesar sus piernas, y el latido del corazón pareció sacudir todo su cuerpo.

Pese a ello, corrió aún, mientras el horroroso clamor y el ruido de pasos se aproximaban. Saltando, retorciéndose, rebotando de uno a otro despeñadero, deslizándose por profundos precipicios y espesos grupos de árboles, Kreega huyó. El perro iba tras él y el halcón aleteaba sobre su cabeza. El desierto luchaba a su favor; las plantas, con su extraña y ciega vida que ningún terrestre podría entender nunca, estaban de su parte. Las espinosas ramas se apartaban cuando él se arriesgaba entre ellas, y luego volvían a su primitiva posición para arañar los costados del perro y frenarle en su brutal carrera.

El terrestre ya llevaba cubiertos un par de kilómetros, pero no daba aún señales de cansancio. Kreega continuaba corriendo, pues quería alcanzar el borde rocoso antes que el cazador le apuntara a través de la mira de su rifle. Corrió subiendo la larga cuesta. El halcón revoloteaba en torno suyo, chocando con él, tratando de hundirle el pico y las garras en la cabeza, mientras su perseguido le golpeaba con la lanza.

El marciano llegó, con esfuerzo, al borde de la roca aguda y vio el fondo del desfiladero, hundiéndose en las oscuras profundidades. Más allá, el sol poniente brillaba ante sus ojos. Sólo se detuvo un instante; luego saltó sobre el borde rocoso.

Kreega bajó por el otro lado de la roca, temiendo que se derrumbara a su peso. El halcón voló sobre él, muy cerca, agrediendo y chillando para llamar la atención de su amo. Se deslizó, de cara al precipicio, hasta la mancha gris-verdosa de un viñedo, y sus nervios vibraron ante la atracción de la antigua simbiosis.

El halcón se precipitó de nuevo sobre él, que quedó inmóvil, rígido, como muerto, hasta que el ave se posó sobre su hombro, con un graznido de triunfo, lista para sacarle los ojos. Entonces las parras se agitaron. No eran fuertes pero sus espinosos zarcillos se hundieron en el pájaro, que no pudo liberarse. Kreega se dirigió con apuro por el desfiladero, mientras las parras retenían al halcón.

Riordan asomó amenazador, destacándose vivamente contra el oscuro cielo, e hizo dos disparos cuyas balas pasaron silbando, muy cerca, rozando las profundidades que albergaban al marciano. La noche se aproximaba como una cortina. En medio de la oscuridad, Kreega oyó reír a su perseguidor, y las rocas se estremecieron ante aquella risa.



Después de un rato, Riordan acampó. Se acostó mirando la espléndida noche estrellada. Marte era oscuro durante la noche; sus dos satélites, Fobos, una simple mancha móvil, y Deimos, sólo una estrella, le alumbraban bien poco. Era oscuro, frío y vacío. El perro se había enterrado en la arena, cerca de allí.

*Las matas, los árboles y los pequeños animales charlaron, murmuraron y chismorrearon, con palabras que él no podía oír, sobre el marciano que se calentaría trabajosamente.*

*Pero Riordan no podía comprender aquel lenguaje, que no era propiamente lenguaje.*

Soñoliento, Riordan recordó pasados lances de caza. La caza mayor de la Tierra: leones, tigres, elefantes, búfalos y carneros salvajes en las altas cimas de las Rocosas bañadas por el sol.

Las húmedas selvas de Venus y el rugido, semejante a una tos, del monstruo miriápodo de los pantanos, aplastando los árboles al pasar hacia el sitio donde él le esperaba emboscado. Primitivos redobles de tambores en una cálida y húmeda noche, cantos de batidores que bailan en torno al fuego, algarabías en las infernales llanuras de Mercurio, con un sol agobiante cayendo sobre los mezquinos trajes de aisladores, la grandeza y desolación de los pantanos de gas líquido en Neptuno y la pujante y ciega vida que gritaba en ellos hasta el atontamiento.

Pero aquella era la más solitaria, extraña y, quizás, peligrosa caza de todas y, por lo mismo, la mejor.

Despertó a la primera luz de un alba gris, tomó un parco desayuno y silbó al perro para que le siguiera.

El perro se puso en marcha y tardó una hora en encontrar el rastro. Entonces lanzó un ladrido, sonoro y profundo, y siguieron caminando, más lentamente ahora, pues el camino era difícil y pedregoso. Todo estaba tranquilo, con una tranquilidad profunda, tensa y, en cierto modo, expectante.

El perro quebró aquella paz con un ansioso ladrido y salió corriendo. Riordan se lanzó tras él, tropezando en la tupida maleza, jadeante, gruñendo y maldiciendo de excitación.

De súbito, la maleza se abrió a sus pies. Con un aullido de terror, el perro resbaló por la inclinada pared del pozo que se veía al descubierto. Riordan se lanzó tras el animal, con rapidez de felino, y se echó de bruces, mientras una de sus manos alcanzaba a asir la cola

del perro. El golpe casi le hizo caer también a él en el agujero. Enganchó el brazo a una mata que, a su vez, se le clavó en el casco, y tiró del perro hacia arriba.

Aún estremecido observó la trampa. Estaba bien hecha; unos seis metros de profundidad, con paredes tan rectas y estrechas como lo permitía lo arenoso del suelo y astutamente cubierta de rastros. Hincadas en el fondo brillaban tres amenazadoras puntas de lanza talladas en pedernal.

Enseñó los dientes con una mueca de lobo, y miró en torno suyo. El buhito debía haber pasado la noche entera haciendo eso, luego no podía estar muy lejos. Además, debía estar muy cansado.

Como en respuesta a sus pensamientos, una piedra se desprendió de la pared rocosa más cercana. Riordan se echó a un lado y la vio chocar en el sitio que él ocupaba antes.

—¡Adelante! —aulló, lanzándose hacia la roca.

Durante un momento una forma gris se destacó sobre el borde rocoso y le arrojó una lanza; Riordan le disparó, y la visión se desvaneció.

La lanza rozó el áspero tejido de sus ropas y él saltó a una estrecha cornisa al borde del precipicio.

Al marciano no se le veía por parte alguna, pero un débil rastro de sangre se internaba en la abrupta comarca.

Siguieron ese rastro durante dos o tres kilómetros y luego lo perdieron. Riordan inspeccionó el panorama de árboles y ramas que ocultaban el horizonte por doquier. Un sudor, que no podía enjugar, bañaba su cara y su cuerpo. Sentía una intolerable quemazón, y sus pulmones se irritaban al respirar aquel aire enrarecido. Pero, con todo, reía con verdadero deleite. ¡Vaya cacería!

Kreega yacía a la sombra de una elevada peña y se estremecía por su debilidad. Más allá, la luz del Sol danzaba en lo que, para él, era un cegador e intolerable deslumbramiento, ardiente, cruel y devorador, duro y brillante como el metal de los conquistadores. Ahora tenía hambre, la sed era un tormento salvaje en su boca y garganta, y aún le seguían.

Ya no estaban lejos. Todo el día le acosaron a través de la atormentada extensión de piedra y arena, y ahora sólo podía esperar el combate. Sintió la extenuación como una carga férrea sobre sí.

La herida del costado le quemaba. No era profunda, pero le había producido sangre y dolor. Por un instante, el guerrero Kreega desapareció para convertirse en un solitario y asustado chiquillo que sollozaba en el desierto: «¿Por qué no pueden dejarme solo?» Un arbusto bajo, de color verde sucio, crujió. Un correarenas pió en una de las hendiduras. Los seguidores se acercaban.

Rápidamente, Kreega se subió a la cima de la roca y se aplastó contra ella, de bruces. Le habían seguido la pista y ahora tendría, por fuerza, que acercarse a su torre.

Desde allí podía verla. Una baja y amarillenta ruina, combatida por los vientos durante milenios. En su huida sólo había tenido tiempo de tomar un arco, unas pocas flechas y un hacha. ¡Miseras armas! Las flechas no podían traspasar las ropas del terrícola, cuando manejaba el arma un débil marciano, y, aunque el hacha hubiera sido de acero, era siempre algo pequeña y poco contundente. Pero era todo lo que tenía, eso y sus pocos aliados del desierto, que pugnaban por conservar su soledad.

Kreega adaptó una flecha a la cuerda y se tendió en silencio bajo la pálida luz del Sol, a la espera.

Llegó primero el perro, ladrando y aullando. Kreega tendió el arco cuanto pudo. El animal estaba más allá de la roca; el terrícola, casi debajo de ella. Disparó el arco.

Estremeciéndose salvajemente, Kreega vio la flecha atravesar al perro, vio a éste saltar en el aire y luego rodar y rodar, aullando y mordiendo el ástil con furia.

Como una centella gris, el marciano saltó de la roca y se arrojó sobre el terrícola. Golpeó al hombre y ambos cayeron juntos.

Fieramente manejó el marciano el hacha, que partió el casco de su enemigo. Sin sitio para revolverse, Riordan rugió y respondió con un puñetazo. Kreega rodó hacia atrás. Riordan le disparó, Kreega se levantó y huyó. El otro, rodilla en tierra, apuntó con cuidado a la sombra gris que trepaba por la colina más próxima.

Una pequeña serpiente de arena mordió la pierna del cazador y luego se enrolló en su muñeca, lo que bastó para desviar el tiro.

El marciano vio la breve agonía de la serpiente al ser rechazada por el hombre, que la aplastó con el pie. Algo más tarde oyó una explosión. El hombre había volado la torre.

Kreega había perdido el hacha y el arco. Estaba completamente inerte; y el cazador no cejaría en su intento. Aun sin sus animales le seguiría, más despacio pero tan incansablemente como antes.

Kreega descansó un momento sobre el saliente de una roca. Sus sollozos sacudían el delgado cuerpo y el viento del crepúsculo vespertino sonaba a su compás.

El suave rumor de los pasos de un correarenas despertó los ecos de las rocas bajas, batidas por el viento, y la maleza comenzó a hablar murmurando, por doquier, con su antiguo y mudo lenguaje.

El desierto, el planeta entero, su arena y su viento, bajo las altas y frías estrellas, la tierra, toda soledad y silencio y destino (un destino que no era el del hombre), le hablaron. La enorme unidad de la vida marciana, sublevada contra el cruel medio ambiente, se estremeció en su sangre.

«No luchas solo —murmuraba el desierto—; luchas por todo Marte y nosotros estamos a tu lado.»

Algo se movió en la oscuridad; una pequeña forma cálida, corriendo sobre su mano; una cosita plumosa, arratonada, que moraba escondida bajo la arena y pasaba su breve vida, fugitiva, contenta con su forma de vivir. Pero era parte de aquel mundo, y Marte no conoce la piedad.

Aún había ternura en el corazón de Kreega que, suavemente y en su lenguaje articulado, preguntó:

—*¿Harás esto por nosotros? ¿Lo harás, pequeño hermano?*

Riordan estaba demasiado rendido para dormir bien. Había permanecido despierto mucho rato, pensando. Así pues —se acordó—, también el perro estaba muerto. El incidente le indujo a considerar la inmensidad del desierto. Oía murmullos; el matorral gemía en la oscuridad, el viento soplaba con salvaje y fúnebre sonido sobre las rocas débilmente iluminadas por las estrellas; era como si todo aquello tuviera voz, como si el mundo entero le murmurase amenazas en la noche. Vagamente se preguntaba si el hombre dominaría alguna vez en Marte, si la raza humana no había corrido esta vez tras de algo más grande que ella misma.

De pronto, algo se estremeció, despertándole de un inquieto sueño, y vio una cosa pequeña que se le acercaba. Buscó el rifle, junto a su saco, y luego lanzó una carcajada. Era un ratón de arena.

Al apuntar el alba se levantó. Con ojos adiestrados buscó la pista del marciano, pero sólo halló arena y matorrales por doquier.

El mediodía le encontró en un terreno más alto, de informes colinas con delgadas agujas rocosas que se destacaban contra el cielo. Proseguía avanzando confiado en su propia capacidad para descubrir la presa. La huella aparecía ya, clara y fresca.

Se puso en tensión, convencido que el marciano no podía estar lejos. Asió el rifle y continuó caminando más despacio.

Ascendió a una alta cordillera y contempló el oscuro y fantástico paisaje. Cerca del horizonte vio una raya oscura. Era el límite de su barrera radiactiva, que el marciano no podría traspasar.

Conectó el amplificador e hizo resonar su voz en la tranquilidad del ambiente:

—Sal, buhito. Voy a atraparte. Podrías salir ahora y así terminaríamos antes.

Los ecos la esparcieron por el espacio entre las desnudas peñas, temblorosas y estremecidas bajo la bronceada bóveda del cielo:

—Sal de ahí, sal de ahí, sal.

Le pareció distinguir al marciano surgiendo como un fantasma gris entre las amontonadas piedras. Quedó allí, inmóvil, a menos de seis metros. Por un instante, la sorpresa fue excesiva; Kreega esperaba, apenas visible, como si fuera un espejismo.

Luego el cazador lanzó un grito y levantó el rifle. Continuó allí el marciano, como una estatua esculpida en piedra gris; y Riordan, con un poco de desencanto, pensó que, después de todo, el marciano había decidido entregarse a la muerte inevitable.

—¡Hasta nunca! —murmuró, y oprimió el gatillo.

Como el ratón de arena se había introducido en el cañón, el fusil estalló.

Riordan sintió el estallido y vio el cañón abierto, como un plátano podrido. No resultó herido pero, mientras se reponía de la sorpresa, Kreega saltó sobre él.

El marciano medía poco más de un metro, era flaco y estaba desarmado, pero se lanzó sobre el terrícola como un pequeño vendaval. Sus piernas se arrollaron a la cintura del hombre y sus manos se aferraron a la garganta.

Riordan cayó al sentir la acometida. Rugió como un tigre y enganchó sus manos en la estrecha garganta del marciano. Kreega le atacó inútilmente con su pico. Rodaron ambos en una nube de polvo. Los matorrales murmuraban excitados.

Riordan trató de romperle el cuello, pero Kreega lo evitó revolviéndose hacia atrás.

Con un estremecimiento de terror, Riordan oyó el silbido del aire que se le escapaba cuando el pico y las garras de Kreega abrieron el tubo de oxígeno. Riordan maldijo, y de nuevo trató de agarrar la garganta del marciano. Lo consiguió y así se mantuvo a pesar de todos los esfuerzos de Kreega para romper aquel lazo.

Riordan sonrió cansadamente, sin dejar su presa. Al cabo de unos cinco minutos, Kreega ya no se movía. Siguió apretando otros cinco minutos, para asegurarse bien. Luego lo soltó y se palpó la espalda, tratando de alcanzar el aparato.

El aire que encerraba en su traje era impuro y caliente. No conseguía conectar el tubo con la bomba.

Miró la ligera y silenciosa forma del marciano. Un débil aliento rizaba las plumas grises. ¡Qué luchador había sido! Sería el orgullo de su colección de trofeos cuando volviese a la Tierra. Desenrolló su saco y lo extendió cuidadosamente. De ningún modo podría regresar hasta el cohete con el aire que le quedaba; no había más remedio que emplear la suspensina, pero tenía que hacerlo cuando estuviera dentro del saco si no quería que las heladas noches le cuajaran la sangre.

Se arrastró hasta él, asegurando cuidadosamente las válvulas de cierre y abriendo la del depósito de suspensina. Se iba a aburrir horriblemente, tumbado allí hasta que Wisby captara la señal dentro de unos diez días y viniese a buscarle; pero sobreviviría. Sería otra experiencia que recordar. En aquel aire seco, la piel del marciano se conservaría perfectamente.

Sintió como la parálisis se apoderaba de él, cómo se atenuaban los latidos del corazón y la actividad de los pulmones. Sus sentidos y su mente estaban vivos, y se daba cuenta que la relajación completa también tiene sus aspectos desagradables. Pero había vencido. Había matado con sus propias manos a la presa más salvaje.

En aquel momento, Kreega se incorporó y se palpó cuidadosamente. Le pareció que tenía una costilla rota. Había permanecido asfixiado durante diez largos minutos; pero un marciano puede pasar hasta quince sin respirar.

Abrió el saco y le quitó las llaves a Riordan; después se dirigió lentamente hacia el cohete. Uno o dos días de experimentos le enseñaron a manejarlo. Volvería con sus congéneres, cerca de Sirte. Ahora tenía una máquina terrestre y armas terrestres que copiar...

Pero primero había que atender a otra cosa. Volvió y arrastró al terrícola hasta una cueva, escondiéndole fuera de toda posibilidad que le encontrase alguna cuadrilla de salvamento. Durante un rato, miró a los ojos de Riordan, sobrecogidos de horror. Luego habló lentamente, en inglés defectuoso:

—Por los que has matado y por ser extranjero en un mundo que no te necesita, y en espera del día en que Marte sea libre, te abandono.

Antes de irse trajo varios depósitos de oxígeno y los enchufó al aparato del hombre. Con aquello bastaba para que, en aquella hibernación provocada por la suspensina, se mantuviera vivo durante mil años.

**Poul William Anderson**: Escritor de ciencia ficción estadounidense nacido en Bristol, Pensilvania el 25 de noviembre de 1926 y fallecido el 31 de julio de 2001 (debido a una rara y letal forma de cáncer de próstata). En algunas de sus historias utilizó el pseudónimo de "A.A. Craig", "Michael Karageorge" y "Winston P. Sanders".

De padres escandinavos emigrados a EE.UU., cursó estudios universitarios en física en la Universidad de Minnesota, graduándose en 1948. Para entonces ya había publicado varios relatos en la revista *Astounding* (había empezado a escribir relatos de ciencia ficción en 1937 cuando cae convaleciente de una enfermedad), Los beneficios obtenidos de todos estos trabajos le llevaron a tomar la decisión de dedicar "un año sabático" consagrado a escribir. El año sabático se prolongó hasta el último momento de su existencia.

Entre sus primeras novelas se encuentra *La onda cerebral*. Sus libros posteriores pueden agruparse en sagas, como la serie de la "Liga Polesotécnica" protagonizada por Nicholas van Rijn, la "serie Flandry" de Dominic Flandry, o los viajes a través del tiempo de "La patrulla del tiempo" que comienzan en el relato "Guardianes del tiempo". Otras obras que no tienen nada que ver con las series anteriores, como ocurre con *Tau Cero*. Como autor prolífico que fue, tocó muchos de los temas habituales de la ciencia ficción, desde los viajes en el tiempo a las invasiones extraterrestres, y desde las naves generacionales al posthumanismo.

Formó parte del círculo de escritores de John W. Campbell que configuraron la llamada edad dorada. Relatos suyos como "El último viaje", "No habrá tregua para los Reyes", "Carne compartida", "La reina del Aire y la Oscuridad", "El canto del chivo", "La luna del cazador" y "El juego de Saturno" han obtenido varios premios Hugo y Nébulas en su categoría.

[Al INDICE](#)

#### 4. CUENTO MADE IN CUBA: EL CAPITÁN, EL PILOTO Y LA SIRENA

por Juan Pablo Noroña.

Emergimos a masa real con todos nuestros átomos en el peso justo, y al momento me acerqué al monitor de posición.

—¡Oye, Conto! —grité molesto—. Estamos a medio camino. ¿Tienes alguna idea?

Él se inclinó sobre su mesa y siguió sacando cuentas sobre una hoja de papel inteligente. Lo mismo estaba haciendo justo antes de convertirnos en una burbuja de prácticamente nada; al saltar nunca tomaba más precaución que sentarse quieto.

—Chequea la entrada de energía —dijo sin levantar la vista.

El indicador de energía absorbida por el Cultivo bajo el casco crecía a ojos vistas. En algún lugar cercano algo estaba disparando partículas a chorros.

—Debemos estar cerca de un sol, por como entra energía —comenté—. ¿Habremos tenido un gatillazo?

—Se me olvidó decirte —Conto garabateó números en el plástico—. En esta ruta es costumbre parar junto al Ferente y chupar de él.

—¿Estamos cerca del Ferente? —me alteré. Tras un año de sociedad ya no me extrañaba que Conto dijera las cosas después; pero que anduviéramos cerca del Ferente era un hecho extraordinario y debía habérmelo anunciado.

—Es muy larga; si no repostamos energía a medio camino podemos aparecer con deuda de masa.

Lo cual es tan peligroso que ni siquiera está cubierto por el seguro. Miré el indicador de energía, e incluso con el rápido incremento se veía muy bajo para ser la mitad del viaje.

—¿No habías comprado suero nuevo para el Cultivo? —pregunté—. Apenas guardó



energía.

—Está muy viejo, de todas maneras, y lo sabes.

—¿Y era bueno el suero?

—Lo probé.

Conto proclamaba que ningún analizador era tan bueno como su estómago. Si el suero estaba adulterado o corrupto en alguna manera, le daba cólicos. Los vendedores tienen trucos para engañar a los aparatos, decía él, pero no a su panza.

—¿Estará bien el pasaje?

Conto suspiró, harto de interrupciones. —¿Han gritado?

Callé. A veces Conto tenía razón sobre mi obsesión por los detalles, resultado de casi cinco años como burócrata.

No pude conservar el silencio por mucho tiempo.

—Sabes, hay software de contabilidad en la computadora de la nave.

Por suerte Conto había terminado y no se tomó mis palabras a pecho. —Desconfío de la “Estrelladora” para eso —dijo dando la última mirada a su cálculo—. Podría falsear datos para parecer rentable y que no la vendamos.

Bufé. —Caramba, Conto. Es una computadora.

—En una nave muy vieja.

No tenía sentido discutir supersticiones con un tipo que cruzaba la galaxia de lado a lado cuando yo estudiaba en mi pella de fango natal. Además no me interesaba eso, sino otra cosa.

—Conto...

—Acaba de poner el huevo, Staro —mi socio puso ambas manos sobre la mesa—. En cualquier lugar de la cabina.

Me aclaré la voz. —¿La Sirena no vive en el Ferente?

Conto me miró a los ojos. —Por esto no te dije que lo cruzábamos —gruñó—. Al menos hasta ahora me había ahorrado tu pejiquera.

Sin contestarle, di vuelta a la silla para confrontar el monitor de recepción. —La podremos captar mejor, amigo. Dicen que jamás repite una canción.

—Bueno, en algún momento se le acabará el repertorio —mi socio se encogió de hombros—. Lleva veinte años T en eso.

—Dicen que tiene toda la música de la historia.

—Espero que no, porque si no nunca terminará.

Conto era de los hipócritas que decía no escuchar a la Sirena. Pero él la oía en secreto, como tantos, donde nadie lo viera llorar o emocionarse. Cuando lo atrapaba silbando alguna de sus canciones, me gritaba que ella no tenía exclusiva sobre ninguna música.

—Vamos, vamos —mascullé mientras observaba cómo el buscador peinaba bandas de transmisión—. Aparece, diosa.

—Tienes hasta que el Cultivo se cargue. Después de eso estamos saltando.

—¿Podemos hacer esta ruta más veces?

—De hecho, debemos —suspiró Conto—. Nos propusieron la Seviria-Capisbis fija por medio año T, porque tenemos la capacidad justa para cubrir sus proyecciones de transporte. Por favor, no hagas ese bailecito.

Me froté las manos. Gracias a la esperanza adquirida no me entristecí cuando llegó la hora de continuar sin que hubiera hallado la señal. Daba gritos mentales de júbilo mientras la maquinaria nos convertía en pura fuerza de color y el universo local, asqueado de nuestra extrañeza, intentaba empujarnos fuera de sí por la vía de menor resistencia. Por supuesto, sólo conseguiría depositarnos en las cercanías del sistema Capisbis, donde, para su alivio,

tornaríamos a ser materia metaestable.

La “Estrelladora” llegó a mí como cancelación de una deuda que en realidad era un soborno solapado. Me contrarió mucho recibir una nave en lugar de efectivo, pues el pago en especie no resulta discreto ni expedito. Además estaba muy vieja y gastada; me costaría salir de ella. Cuando me dieron la documentación el envoltorio tenía una cinta de regalo, como si me dijeran: “Encantados de hacer negocios contigo, bobo”. ¿Pero qué podía hacer? De un lado tenía una nota de débito por supuestas refacciones a la compañía dueña de la “Estrelladora”, y del otro esa ruina espacial como compensación. Las refacciones eran fantasma, así como la firma, de hecho tapadera de una real, muy poderosa, a la cual yo había favorecido mediante mi cargo burocrático. Por supuesto, el valor real de la nave no alcanzaba a cubrir la deuda, pero no se puede llevar ante los tribunales a una corporación para exigirle coimas decentes... se vería algo inapropiado.

Como esperaba, nadie quiso comprármela. Mucha gente me envió mensajes de burla cuando la puse a subasta. Bueno, tuve ofertas casi tentadoras de una firma que hace estudios de devaluación, fatiga estructural y riesgo por rotura. Pero no daban mucho; me insinuaron que la “Estrelladora” estaba fuera de rango para pruebas y sólo la querían para un análisis de límite.

Entonces algo maligno penetró en mi cerebro, sacó chispas de una neurona autodestructiva y me dio ideas de entrar al negocio del transporte informal... eso que llaman *boteo*. Debe haber sido por una obsesión con mi tortuosa juventud, cuando hacía uso frecuente del servicio, y en mi mente los *boteros* eran chupasangres inescrupulosos que se enriquecían tan rápido como para retirarse en meses, pues raramente volvía a ver a alguno, incluso en

las mismas rutas; ahora sé que en realidad quebraban o morían. Con hacerme *botero* imaginé convertirme en un tiburón humano, un desalmado explotador de la miseria ajena. Debí seguir como burócrata si quería eso.

Así que vendí mi cargo, junté mis ahorros y llamé a Conto. Él y yo nos conocemos de mi época como viajero en *botes*; de hecho me había salvado la vida en una de esas ocasiones. Iba yo en una litera colocada bajo un conducto de circulación y escucho al capitán de aquel ataúd volante, histérico, amenazando con asfixiarnos a todos los pasajeros porque el sistema de supervivencia estaba defectuoso y no daba abasto. Justo después de orinarme, escucho una voz calmada —la de Conto- ofreciéndose a hacer una reparación peligrosa y difícil. Cuando más tarde lo invité a darse un trago en el bar del espaciopuerto, y ya en la barra le dije que había oído la conversación entre él y su jefe, y estaba listo para abrazarnos a llorar juntos de alivio, Conto se lanzó a darme una explicación técnica de cómo arregló el reciclaje. Él es así, especial. Le es difícil comunicarse, pues para él las únicas interacciones válidas son las que dan resultados concretos o transmiten información necesaria e interesante. Asociarse conmigo le provee una nave casi para él solo y hablarme permite un menor manejo de dicha nave; gracias a eso hace un esfuerzo por actuar como una persona normal cuando está conmigo. Quizás hasta le caigo bien.

Pero Conto es magnífico con las naves. Por fortuna para mí estaba sin empleo cuando lo llamé, pues su último *bote* había naufragado en tránsito, con él y cien dentro, por supuesto. No fue su culpa; la nave era una ruina que sólo su pericia técnica y la avaricia de la dueña mantenían volando. Conto se las ingenió para mantenerlos vivos a todos, emitir un mensaje de auxilio y encerrarse en la cabina con el capitán antes de que el pasaje los linchara. Aunque los rescataron a tiempo, la nave estaba perdida para siempre. Bueno, no del todo; al momento de oír mi propuesta de asociación, Conto me pidió dinero para sacar del derrelicto

cuanto se pudiera llevar. La dueña se había desentendido de aquello, así que le di luz verde. Mi amigo rentó un ridículo carguerito de enlace y cargó de vuelta mobiliario, paneles y aparatos, en bodega o amarrado al vehículo. Usamos todo para reconvertir la “Estrelladora” en el astillero de un conocido suyo que puso a punto mi chatarra por un precio de amigo. Creo que Conto sólo estaba esperando una inyección de capital para florecer como empresario. Tiene talento, calificación, experiencia, conexiones... todo menos suerte, la cual dicen me sobra a mí.

Pronto se volvió una rentable rutina. Tocar puerto, untar al sindicato local, reunir pasaje y contrabando de ocasión, persignarse, saltar al destino, llegar en una pieza, darse el trago de la suerte, repetir. Por cada diez saltos, una revisión en el taller elegido por Conto en una rotación que tenía sentido para su instinto de regateo. El negocio iba como la seda; en cien saltos -medio año T- rellené mi cuenta de ahorros y otro tanto Conto, sin incidentes dignos de mención.

Los demás *boteros* nos miraban brindar en los bares y se reían de nuestro optimismo, insinuándonos que la suerte inicial era espacio dejado por el resorte de la desgracia enrollándose lentamente para un día soltarse y hacernos picadillo entre sus espiras. La metáfora es cita textual del capitán anterior de Conto, pero todos decían más o menos lo mismo. Por supuesto que les hacíamos la higa. ¿Qué no íbamos a creernos, con tanto dinero entrando sin problema alguno? Se podía creer en la astucia de Conto, en la buena alineación de las estrellas para los saltos, en los últimos años de la “Estrelladora” y sobre todo en mi buena fortuna. Pensar otra cosa no haría sino deprimirnos y malear el buen momento, que con esperanza nos sabía mejor.

No es que nos creyéramos indestructibles ni fuéramos ingenuos respecto a los riesgos. Estábamos conscientes de lo aventurado de tirarse en viajes largos con un cacharro como el

nuestro, a punto del colapso y anunciándolo todos los días a pesar de los parches. Conocíamos los peligrosos eventos del espacio profundo, como cúmulos extraños, nubes de gas caliente o chorros de partículas pesadas, ante los cuales eran lo mismo la “Estrelladora” y el más moderno crucero de guerra, y sabíamos que llevar gente sin documentos fiables era una ruleta rusa, pues podían ser piratas, enfermos, locos o disidentes. Todo eso podía ocurrir, aunque no ocurriera. Quizás era la causa de nuestra alegría al brindar en los bares, y de la envidia ajena; que nos librábamos de lo que podía pasar, lo que *debía* pasar. Era un alivio. Mas ni el optimismo antes de un viaje ni su buen fin nos libraban de la preocupación. La suerte no basta; la supervivencia y éxito se deben tanto o más al cuidado constante, a la alerta, a andar con cuatro ojos y las manos en todas partes a la vez. Todo eso con el conocimiento de que podía ser completamente inútil en las circunstancias del negocio. Era un peso en nuestras nuca el espacio afuera, el pasaje adentro, la nave a punto de abrirse para mezclar las amenazas, y nosotros en medio en tensión constante contra todo eso. Para ayudarnos a resistir estaba la Sirena.

La escuchábamos casi exclusivamente los tripulantes espaciales, pues teníamos acceso a las antenas abiertas de las naves, aunque algunos oían grabaciones. Su música llenaba el espacio con ubicuidad alentadora. Casi donde quiera se podía sintonizar su banda y escuchar canciones increíblemente hermosas en su magnífica voz suave, cálida y familiar. Cantaba en varios idiomas, tanto arcaicos como modernos, pero siempre se podía entender que era sobre nosotros y lo poco bueno en nuestra dura vida. Por ella creíamos en un universo humano, capaz de armonía y no necesariamente siempre al acecho para acabarnos. En medio de constantes voces de alarma, escucharla nos suavizaba, nos permitía seguir cuerdos. Nadie sabía dónde se originaban las emisiones, aunque se hablaba del Ferente, y existía disenso sobre cuándo habían empezado; no había información, sólo montones de

rumores y leyendas. Que si era una antiquísima señal de Vieja Tierra, un truco del gobierno para apaciguar a los espaciales, cantos de una entidad supernatural o mensajes de otra raza inteligente. Para gente como yo y Conto —aunque él negara su parte—, la Sirena era la diosa de los viajes inciertos.

Pagué la cuota al representante del sindicato —un tipo agradable, los matones están para otras cosas—, y fui a reunirme con mi socio en el bar del espaciopuerto Capisbis. Es lamentable admitir que si no lo conociera preferiría abordar al mafioso en vez de a Conto.

—Es un día especial, Conto —me senté a su lado tomando la bebida, que él había pedido doble—. ¿Sabes por qué?

Conto se acodó en la barra. —Estás obseso con ese asunto de la Sirena —suspiró.

Me reí. —No, no es por eso —protesté con aspavientos—. Hoy es tu cumpleaños, y además se cumplen seis meses T de nuestra sociedad.

Él me miró extrañado. —¿Tengo cumpleaños? No recuerdo.

—Bueno, la fecha la decidí yo. Hace cuatro años me salvaste la vida en aquel *bote*. Pero debes tener una fecha real en el documento de identidad, de cualquier manera; no es que esa me importe, tampoco.

Conto se sonrió.

—Entonces, ¿qué quieres por tu cumpleaños?

Mi amigo se concentró, y al cabo del minuto el rostro se le iluminó con una expresión de misterio. Por suerte no pareció notar mi cara de susto cuando me tomó por el codo y prácticamente me arrastró hasta la vidriera de una tienda cercana, en el mismo pasillo del bar. Allí me señaló el estereograma de una antiquísima lanzadera maquillada para la venta.

Le pregunté si no quería algo menos caro o más útil como regalo, y él me dijo que viera el número de registro.

—Es contemporánea con mi abuela —le respondí—. ¿Qué, vale como antigüedad? —Y estaba, por cierto, bromeando.

Conto asintió. Era el vehículo en el cual el fundador de una colonia llamada Cieloverde había naufragado en el planeta de ese nombre, descubriéndolo de paso; algo así como una nave histórica. Esa colonia acababa de alcanzar la independencia y su flamante dictador vitalicio estaba comprando legitimidad y patriotismo donde lo vendieran, a cualquier precio. Como parte de su campaña, el gobernante había estado buscando discretamente objetos vinculados a la heroica historia de su mundo natal, entre ellas el vehículo del Padre de la Patria. Los rumores llegaron a Conto mediante sus contactos en los talleres, en los cuales el de Cieloverde pensaba hallar algo. No le había costado mucho memorizar el registro y características básicas de dicha lanzadera por si acaso. Y ahora, caminando tiendas a la caza de oportunidades, había reconocido al símbolo Patriótico y Fundacional.

—¿Quieres que invierta contigo en esto? —le pregunté.

Me recitó las cuentas. No le alcanzaba el dinero para comprarla por sí solo, y me ofrecía invertir a la mitad. También necesitaba mi carguero para llevarla y se vería feo no darme participación; además, yo era su amuleto de la buena suerte. Añadió que si no le cobraba el transporte, el favor sería mi regalo. Lo abracé y le dije que jamás dejara a nadie describirlo como una persona común y corriente.

Entramos a ver al dueño, e hice el papel de minero que se acaba de ganar la lotería y trae un primo conecedor —ese sería Conto- para ayudarlo a comprar un vehículo con el cual llevar *shongi* hasta la órbita, directamente a manos de los contrabandistas. Salimos de allí en media hora con los documentos en la mano, haciendo remilgos de haber pagado mucho; la



tacañería no tuvimos que fingirla, pero sí nos costó ocultar el júbilo por el buen negocio. Enseguida fuimos a los almacenes de vacío e hicimos que llevaran la lanzadera hasta la “Estrelladora”, para probar que funcionaba, dijimos. Justo cuando desatracaba llamó el tendero para preguntar cómo iba el asunto, y al parecer se asombró al enterarse por el almacenista que éramos *boteros*. Quizás en ese momento sospechó que de algún modo habíamos salido ganando nosotros y no él; ya era tarde. De inmediato abordamos nuestra nave y nos reímos a mandíbula batiente sentados en la cabina mientras el piloto parqueador ponía nuestra inversión a salvo. Cupo ampliamente en el reducido gálibo de la “Estrelladora”; el fundador de Cieloverde era en verdad un héroe del espacio por andar descubriendo planetas en aquella cajita.

—¿Esperamos por pasaje? —le pregunté a Conto mientras revisaba que la computadora de salto reconociera la nueva masa.

—Por supuesto. No hay por qué perder el viaje; Seviria está camino a Cieloverde y todas esas colonias nuevas.

Me di la vuelta en mi silla. —¿Por el Ferente?

Conto asintió. —Mejor que esperemos pasaje aquí —echó una mirada al gráfico de vacantes enviado por el sindicato—. No será mucho; la gente odia Capisbis.

Nos aburrimos por un buen rato mirando panorámicas del espaciopuerto, bastante vulgar. O sea, me aburrí yo, porque Conto se dedicó a grabar correos para sus contactos. Tenía maña no sólo para regatear y buscar gangas, sino también para tantear mercados sin comprometerse. Miré por encima de su hombro mientras él examinaba la lista de intermediarios. Por supuesto; no es bueno hacer negocios directamente con dictadores nuevos, salvajes aun. Me pregunté, una vez más, qué sería de mí sin Conto... y de él sin mi suerte.

Cuando terminó de redactar los mensajes extendí el brazo y lo toqué en el codo. —Oye, Conto —me preocupé—. ¿No es peligroso el Ferente? ¿No es como un gigantesco cable?

Mi socio meneó la cabeza. —Más bien un generador —se dio vuelta hacia mí, y se le veía el gusto por explicar—. Es una superpartícula lineal que ondea como una cuerda por efecto de las variaciones de gravedad en toda la galaxia, y eso genera energía en ambos puntos de amarre.

—¿Pero es peligroso?

Conto se encogió de hombros. —Depende de que mantengas distancia —me dijo sonriendo—. En materia real, muy cerca las radiaciones podrían freírte. Tampoco es bueno cruzarlo durante un salto; quizás nos absorba y terminemos rebotando de un extremo a otro hasta el fin de los tiempos, o quizás nos esparzamos a lo largo de todo el Ferente... —se quedó mirando la nada, ensimismado en las posibilidades.

Carraspeé. —¿Bueno, cuán ancho es? ¿Es grande el chance de cruzar?

Conto se recobró. —De hecho es adimensional, pero como vibra en supertiempos, en nuestro espacio es un cilindro con el diámetro de un sistema Sol. Por suerte se estrecha en las puntas, que si no...

Me eché atrás en mi asiento. —¿Cómo hará la Sirena para vivir en el Ferente? —miré con espíritu soñador hacia arriba—. No debe ser humana. Dicen que se escucha la misma canción simultáneamente en lugares muy distantes... eso no es normal.

—No puede vivir en el Ferente —se molestó Conto—. Es una creencia estúpida. Sus señales, vengan de donde vengan, parasitan el Ferente y se transmiten a todo lo largo, eso es todo.

—¿Cómo es?

—Bueno, en el centro está el Ferente propiamente dicho —Conto utilizó sus manos para

explicarse mejor—, y vibra con tanta fuerza que sólo permite el espacio-tiempo necesario para sostenerlo; el resto lo empuja fuera de sí de manera tal que a su alrededor crea una capa de vacío de substrato de unos kilómetros de ancho; después el espacio se vuelve a condensar. Pues cuando el Ferente oscila mucho, de repente está con todas sus capas donde no estaba antes, y entonces atrapa señales EM como las de la Sirena, que terminan viajando por el límite de condensación, un espacio rarificado donde la luz va más rápida, y además el Ferente les da energía extra. Vuelven a salir con otra oscilación del Ferente, dando impresión de simultaneidad.

—¿Sabes qué, amigo? —me balanceé en la silla, con la vista aun en el techo—. Me lo has puesto mejor.

—¿En qué sentido?

—Ahora la Sirena es más posible.

Nos llenamos de pasaje rápido. Era la usual caterva de perdedores y princesas caídas que rondan la galaxia en busca de trabajo u hogar definitivo. Por tradición o ley tenía que recibir a cada uno en la esclusa, ver su rostro y escuchar su nombre de sus propios labios. Como siempre, los enérgicos sonaban falsos o inmaduros y los que parecían más experimentados tenían un aura de desaliento persistente; Capisbis debía ser un callejón sin salida. Recordé mi época de itinerante, cuando me sentaba como vagabundo en una esquina de un astropuerto a contar cuánto dinero me quedaba y tomar la decisión ineludible: comprar pasaje a otro lugar o seguir probando suerte donde mismo. La mayoría de mis actuales pasajeros parecía haber pasado por esa esquina. Me pregunté cuán caídos estarían, a qué estarían dispuestos. Cuántos dirían “sí” a una propuesta de motín, o a ser reclutados

por mí como piratas. Quiénes venderían a cuáles, o a sí mismos. Cuándo alcanzarían el punto más bajo o si alguno estaba de vuelta. En mi mente les hacía esas preguntas a cada uno, y me respondía a mí mismo juzgando por sus rostros, porque ni en broma serían sinceros con el botero chupasangre que les cobraba un buen trozo de sus ahorros por una litera en un pasillo atestado y el mismo baño para cuarenta. Algunos incluso me odiarían de verdad, como yo había odiado a aquel capitán del cual me salvó Conto, no sólo por envidia de la nave sino por mi poder sobre ellos, o por mi libertad, o por mi estúpida cara y que no acabo de sacarlos de este desgraciado astropuerto. Todo eso transmitido, oculto y evidente a la vez, en el acto impersonal de recibir su dinero, marcarles la muñeca con un ticket y dejarlos pasar a la sala de abordaje.

El mismo Conto consideró a este pasaje como un grupo especial. —Qué pandilla de pernos sueltos —comentó cuando me senté a su lado en la cabina tras haber acomodado a los recién llegados—. Me hicieron pensar en revisar el armero para comprobar que todo funciona bien y lleva carga.

—No exageres.

—No te descuides.

—Con ese carguero de ahí —señalé el monitor de vista externa—, no te descuides tú.

—Ya lo recuerdo —Conto hizo una mueca de desagrado—. Ese tipo no puede tener el software adecuado para sacar esa cosa a volar.

—Pues parece que está al salir y hacernos un rayón como la otra vez que casi llega al Cultivo. ¿Qué hacemos al respecto?

—Cruzar los dedos —dijo echando una ojeada a la lista de despachos—. Tiene prioridad sobre nosotros.

—Podemos salir en una patada —dije sonriendo malévolamente—. Si algo bueno tiene la

“Estrelladora” es el sistema de atraque. Apuesto que podremos estar en tránsito antes de que esa taza de café empiece a dar tumbos por todo el muelle.

Conto frunció las cejas. —No nos han dado telemetría.

—¿No borraste la de llegada?

—Estamos del otro lado de Capisbis.

—No es precisamente una nova como para ir molestando la salida. Vamos, Conto; otra prueba más de que eres el mejor timón de la galaxia. Es sólo salir a tránsito.

—Estás inquieto. No me gusta cuando te pones inquieto.

—¡Mira, mira! —exclamé señalando al carguero—. Están apenas probando los motores de posición y ya casi se llevan un pedazo de muelle. Esto va a ser una carnicería.

—Deja el teatro, Staro —Conto dio vuelta a la silla y empezó a cargar protocolos de despegue al sistema central—. Enseguida vamos al Ferente a oír a tu Sirena. Sólo espero que no nos cueste una multa o algo peor.

Pretextamos problemas de transmisión para no responder cuando el control de salidas nos inundó de improperios por romper la cola; pero cuando inventamos que la interferencia se debía a un escape radioactivo (aunque no teníamos nada más pesado que tungsteno a bordo), nos mandó a volar de ahí como los ineptos que éramos. Posteriormente nos anunció que los mentirosos no tenían cabida en su astropuerto. Para entonces ya estábamos abandonando la elíptica por encima de ellos.

—Déjame hacerlo yo —pedí abriendo la interfase por mi terminal—. Le pondré el codo — y en efecto, doblé el brazo y apoyé el codo sobre el teclado para confirmar la orden de salida.

—Chiquillo —Conto meneó la cabeza sin dejar de mirar la pantalla—. No podías hacer nada de esto en tu oficina.

Las doce horas de tránsito se fueron en bromas, comida y ocasionales cabezadas. El aviso de que habíamos alcanzado inercia de salto nos sorprendió espiando pasajeros por las cámaras y burlándonos de ellos.

—Señores pasajeros —dije al micrófono—, vamos a dar el salto. Por favor, manténganse lo más quietos posible y eviten posiciones inestables así como realizar funciones fisiológicas —e hice las mímicas adecuadas en beneficio de una ligera sonrisa de Conto.

—Salta, “Estrelladora” —dijo él, y me llegó la vieja sensación de torpor y embotamiento, seguida al instante por la leve euforia indicadora de que mis tejidos reasumían su química como si no hubieran cruzado el espacio convertidos en energía sin más propiedad que el color cuántico.

—Ahí está —Conto señaló la pantalla externa.

No había visto el Ferente en la parada anterior. Era una estrecha franja azul oscuro marcada contra el fondo de estrellas hasta donde alcanzaba la vista, como si alguien hubiera pasado un borrador por un mapa estelar impreso en un textil. Era enorme, a juzgar por cómo cortaba a la mitad la imagen de cúmulos y nebulosas.

—Oh, mierda.

Me di vuelta hacia Conto. —¿Qué pasó?

—El Cultivo está muy viejo —explicó Conto—. Cada vez consume más energía en mantenerse vivo y entrega menos. Ahora simplemente colapsó en una sola descarga y no tenemos apenas energía.

—¿Cargaré lo suficiente para el resto del salto?

—Quizá no. Si llegamos vivos habrá que comprar Cultivo nuevo.

—¿Qué fue eso? —señalé la pantalla de vista externa, que no había dejado de mirar—. Se movió de lugar... está un dedo más abajo.

—Te había contado —respondió Conto sin molestarse en mirar—. Pero eso es bueno. Debe haber un incremento en las radiaciones.

—¿Es ahora cuando libera las señales de la Sirena?

—Sí, claro... eso también.

Di vuelta a la silla para confrontar la computadora de comunicaciones y ordené una búsqueda de señales humanas en la banda usual de la Sirena. Aparecieron enseguida. Miré a Conto poniendo una expresión efectista y pasé la entrada al altavoz.

La Sirena cantaba un aire lento y melancólico en arcaico incomprendible para mí. Pedí ayuda a la computadora y esta me informó que se trataba de japonés. La curiosidad por entender la letra pudo más que la tentación de la pura belleza de su voz en un lenguaje exótico, con otros timbres y armonías, y solicité la traducción. Trataba de una mujer vendida como esclava o prostituta para pagar las deudas del esposo y a la cual se le forzaba a despedirse para siempre de su pequeño hijo. Incluso mediando transcripción era maravillosa... yo realmente quería con toda mi alma ir y pisar la cara del tipo y llevarle el niño a la Sirena. Me di la vuelta hacia Conto, con lágrimas pugnando por brotar y ninguna vergüenza por ellas, pero él estaba de espaldas a mí, concentrado en el controlador de ataque.

De repente se dio vuelta y me miró con extrañeza. —Es imposible —dijo levantándose y viniendo hacia mí—. No podría entrar así.

—¿Qué ocurre? —me eché a un lado para hacerle espacio a Conto, quien prácticamente se tiró sobre la interfase de comunicaciones.

—No te quise decir —comentó mientras rozaba teclas frenéticamente—, pero es imposible que recibamos la señal liberada del Ferente.

—¿Cómo es eso?

—El Ferente se desvió más o menos hacia nuestro lado y el nuevo desgarramiento espacio temporal debe apantallar toda propagación EM hacia aquí.

—Entonces no viene del Ferente. Pero la fuente debe ser muy cercana... entra divinamente.

—Tan cerca que puedo triangular —anunció Conto—. Cada segundo que nos movemos mejora la lectura. El foco es estático, parece.

—¿Vamos hacia ella o nos alejamos?

—Vamos. La inercia del tránsito nos lleva.

Me quedé observando la letra de la canción desarrollándose a la par de la música.

—Es el destino —murmuré—. Quien nos lleva.

Conto se volvió a su asiento y se acomodó reflexivamente.

—Es nuestro primer viaje cerca del Ferente —insistí—, y acabamos, por casualidad, en el tramo de la Sirena. Es el destino. ¿No crees?

—Si tuviera energía —respondió Conto—, ahora mismo daría la vuelta en redondo. — Tenía la vista baja y juntaba las manos ante sí, cruzando los dedos.

Me callé mi opinión porque me interesaba mucho más hacer silencio para seguir escuchando el canto de la Sirena, además de interpretar las lecturas que marcaban nuestro acercamiento a ella. En dos horas debíamos estar en visual. Por desgracia, la recepción se perdió a los dos minutos.

—¿Qué pasó? —abrí la interfase de las antenas y recorrí bandas como un desesperado—. ¡Conto, ayúdame con esto! —Me sentía como un enfermo terminal a quien acaban de retirarle los analgésicos.

Mi socio se encogió de hombros. —No podemos hacer nada. Una de dos —dijo sin siquiera mirar las pantallas—; o nos alcanzó el frente de ondas, o ella hizo receso para soltar una buena carga en el sanitario.



El propio estremecimiento de ira me paralizó por unos segundos y me impidió golpear a Conto. Un segundo después, más calmado, imaginé que la agresión en la burla a la Sirena era contra sí mismo, e intentaba con eso convencerse de que en verdad se oponía a buscarla. Por si acaso decidí hacer silencio, para evitarnos a ambos una respuesta demasiado sardónica. Sabiamente, él tampoco dijo nada; ni cuando el radar captó una nave cercana a pesar del arrasador frente de ondas, ni cuando en efecto estuvimos en visual y la computadora nos proyectó media imagen en holocubo.

—Caramba —Conto se acercó al holocubo, interesado—; años que no veía una de esas.

—¿Una de cuáles?

—Una sembradora. Antes se viajaba por otra tecnología muy ineficiente y para arreglar eso mandaban éstas a mapear la ruta y a sembrar o mantener singularidades; era la única manera de tener vuelos comerciales. Se llegaron a hacer con motor de fuerza de color y ésta pudiera ser de esas. Claro, enseguida dejaron de usarse, como las demás.

—Es grande —dije—; abulta el tercio de un puerto.

—Mayormente motor y acumuladores, y por supuesto, la cosa para sembrar singularidades, que creo se puede usar de antena.

Metí la mano en el estereograma y rodeé la sembradora. —¿Crees que ella esté ahí? —dije haciendo un puño apretado. La imagen, por supuesto, se escurrió entre mis dedos.

—Bueno, la telemetría no miente. Los chillidos vienen de ahí mismo. Y ahora que tu curiosidad está satisfecha, vámonos, por favor.

—Quizás esté a la deriva, atrapada en esa antigualla. Esperando la rescaten para hacerse famosa y multimillonaria con su voz.

—No me parece. No hay respuesta a nuestro protocolo, así que, o quiere que la dejemos sola, o es una grabación la voz.

—Puede ser que haya enloquecido de soledad ahí adentro y por eso canta y canta y sólo canta. Vamos a ver.

Conto meneó la cabeza. —Vámonos, Staro. Tenemos pasaje y un negocio. Nadie nos ha llamado.

—Sí que nos ha llamado —disputé—. No le dicen Sirena por gusto. Ella nos llama a todos, y quizás haya un premio esperando. Si me voy y pierdo esta oportunidad me volveré loco cada vez que vuelva a escucharla y piense en que la tuve cerca y no la toqué con mis manos.

—No la escuches más —Conto se encogió de hombros—. Puedo bloquear sus bandas.

—Eso es imposible. Nadie puede dejar a la Sirena.

—Estás hablando tonterías —mi socio me apuntó con el dedo índice—. El espacio no es lugar para tonterías. Haces lo que hace falta y sólo eso, sino terminas muerto y no hay muerte bonita aquí. Asfixiado, congelado, muerto de hambre o sed, quemado por la radiación... escoge.

Encaré a mi amigo. —Es sólo una mujer que canta.

—¡Eso mismo! —explotó Conto—. Déjala cantar... sólo déjala cantar.

Me acerqué y puse una mano en su hombro. —Podemos ser los primeros en llegar a ella. Los únicos, si quiere seguir apartada. Los únicos que haremos la historia entera. Ella cantará en persona para nosotros y después le diremos a todos los demás si es rubia o morena.

Conto se apartó hasta una esquina de la cabina, de espaldas a mí. —Pensaba que eras diferente, Staro —dijo sin mirarme—. Más sensato. ¿Porqué crees que me uní a ti? Eras nuevo, no sabías nada de viajar, pero parecías sensato, no como otros capitanes que he tenido, medio locos de escuchar historias tremebundas. Y ahora quieres llevar demasiado

lejos esa obsesión con la Sirena, que es muy común, lo reconozco.

—¿Pero qué pasa? —me asombré—. ¿Demasiado lejos qué? Simplemente estoy curioso.

Quiero ver a la Sirena cara a cara, ¿qué hay con eso? ¿Qué podría pasar?

—No tengo idea —Conto se removió nervioso—. No me gusta la idea de tenerla frente a frente.

Me senté en la silla y observé a mi transformado socio. Era sorprendente verlo abrirse; sus emociones sobre la Sirena debían ser muy intensas si no podía mantenerlas para sí. —Pensaba que no la considerabas gran cosa —dije con la vista fija en su temblorosa mano derecha, que tenía a la espalda.

—No tanto así. Es que no me gusta escucharla; el poder que tiene me asusta, y lo fría que es. Canta perfectamente canciones de cualquier clase como si pudiera cambiar de emociones igual que de peinado, y con cualquiera hace un guiñapo de ti y de mí. Como si fuera un juego, una prueba de fuerza consigo misma y todos nosotros. Y me hace llorar, primero de gusto y luego de miedo. Simplemente no estoy al control cuando ella canta, Staro.

—Vaya, Conto —dije bajando la mirada—; me imaginé que querrías detenerme, pero por las razones erradas. Eres tú quien me asusta. Ni siquiera estoy seguro que quieras detenerme.

Conto hundió la cabeza entre los hombros. —Entonces terminemos con esto. Quizás no sea más que un programa y una base de datos —se dirigió hacia la salida y se detuvo un segundo en el umbral de la puerta abierta—. Después de todo es demasiado perfecta. Pero vas tú —y se fue sin mirar atrás.

La puerta eclipsó silenciosamente la imagen de Conto marchándose por el pasillo.

Para llegar a la cámara de abordaje debí pasar por los pasillos llenos de pasajeros que me miraban inquisitivamente, con obvias ganas de preguntarme la razón de nuestra parada. Por suerte todos habían dado suficientes viajes en *botes* como para saber que a veces uno se detenía a mitad de camino por motivos diversos que no les atañían. El dinero del billete sólo les daba derecho a un rincón, algo de aire y agua, y a llegar en algún momento de la semana a su destino; si querían mejores garantías, trato o preguntas, debían ahorrar para hacer el viaje en una nave de línea regular.

La cámara de abordaje daba directamente al módulo de transferencia. Jugaba a que la sembradora no fuera más vieja que el estándar de esclusas para conexiones en el espacio; si no, tendría que arriesgar la lanzadera del fundador de Cieloverde y rezar porque la sembradora tuviera un hangar funcionando o al menos un puerto universal de atraque. El viaje hasta allá era automático, pero la maniobra de enganche era en parte responsabilidad mía. Cuando encontré la estructura apropiada, del tamaño correcto y la disposición debida, respiré aliviado.

Atracar y pasar del módulo a su sala de abordaje fue coser y cantar.

Escuché su canto en cuanto la esclusa dejó entrar aire de la nave sembradora. Ella tenía que saber que yo estaba llegando; quizás era su forma de guiarme. O de atraerme con seguridad, según como se quisiera ver. Porque en directo su voz era maravillosamente mejor que por radio, y si para escucharla de la segunda forma había deseado acercarme al Ferente, por la primera lo hubiera atravesado a pie.

El pasillo estaba oscuro así que prendí mi linterna. No seguí su luz, sin embargo. Ni siquiera miraba ante mí, sólo seguía la melodía; me guiaban mis oídos, no la vista. Todas las puertas en el camino estaban abiertas, para no estorbar su voz, supongo, y llegué a la

entrada de la sala de mando sin dar una sola vuelta de más. Simplemente pasé adentro.

Ella estaba reclinada en la silla de mando, y cuando digo reclinada quiero decir lánguidamente, con el brazo a un lado y alzando el busto como las mujeres ya no hacen. La cabecera estaba plegada, permitiendo a su cabello negro y lacio colgar libre sin ocultar los hombros. Podía ver sus hombros porque llevaba un vestido largo sin mangas; no pude ver más nada porque ella bajó la vista y giró la cabeza para mirarme. Por supuesto, todo el tiempo seguía cantando en japonés, aunque no sé si la misma pieza sobre la madre vendida por deudas. Fue un shock cuando se detuvo.

—¿Quién es usted? —me preguntó.

Aproveché que hubiera dejado de cantar y la observé. Tenía ojos azules, pestañas negras y cejas gruesas. Rostro más redondo que ovalado, lleno, sin ángulos y regular, excepto por su fina barbilla y el morro leve que hacían sus labios. La piel era resplandecientemente blanca. A otra mujer con el mismo físico la hubiera llamado “gordita interesante”, pero esas palabras se me trababan y quería hacerme daño a mí mismo por pensar tal cosa de ella.

Ella suspiró impaciente. —¿A quién tengo el honor? —e hizo un arco con el brazo para remarcar la pregunta.

—Vengo de la “Estrelladora” —respondí—. ¿No recibió el protocolo?

—No era la respuesta que esperaba. ¿Tiene más que decir acerca de usted aparte del hecho de provenir de un carguero? ¿O algo más significativo?

—Staro. Me llamo Staro.

—Ah. Supongo.

Carraspeé.

—Entonces... ¿qué cantaba usted ahora mismo? —lo de “significativo” estaba grabado a fuego en mis mejillas—. En japonés. ¿Cómo se llama?

—Es un canto de *kowakare* —dijo tomando aire. Ante mi desconcierto, continuó: —No puede ser *Sakura* todo el tiempo.

Tampoco sabía de qué estaba hablando, y como la primera forma de no hacer más el tonto es mostrarse audaz, me armé de valor. —¿Es usted la Sirena?

Me miró con fijeza, divertida e intrigada a la vez. —Entonces es cierto —asintió—. Me llaman así. Qué locura —se sonrió deliciosamente—. Soy sólo una mujer que canta para pasar el tiempo. Supongo que quieren ponerle encanto al asunto.

Di un paso hacia ella, pero me detuve cuando levantó una mano. Continuó hablando con la palma dirigida hacia mí.

—¿Puedo hacer algo más por usted? —preguntó—. Si no, es mejor que se vaya. O quizás quiera quedarse un rato para hacer más creíble cualquier historia que quiera hacer a su tripulación. No me preocupan las licencias poéticas siempre y cuando no me ponga como una fácil y me quite algunas libras. ¿De acuerdo?

Anonadado, di un paso atrás moviendo la mano que sostenía la linterna. Como aun estaba encendida, el haz cruzó los ojos de la Sirena. Ella retiró el rostro y chistó con desagrado. Quise esbozar una excusa, pero su mirada no me dejó.

—Hombre del espacio —canturreó ella—, apártate de mí. Hombre del espacio, papi, déjame estar. No vengas tocando mi puerta, no quiero ver más tu sombra. Tu linterna puede cegar, apunta a los ojos de otra.

Me marché corriendo. Sólo se escuchaban mis suelas adhesivas resonando en el silencio de los pasillos.

—¿Cómo fue? —preguntó Conto mientras yo me tiraba en el asiento de mando.

—La perra se burló de mí.

Mi amigo se acercó. —¿Burlarse? —preguntó con asombro.

Yo me mordí un labio y miré al piso sin decir nada.

—Pensé que la ibas a traer arrastrada por el cabello o al menos tomada del brazo.

Agité la cabeza con malhumor. —No se pudo hacer nada —murmuré entre dientes—. Ella está al control.

—Vaya. ¿Quieres que la traiga? —dijo Conto con sorna.

—A ti también te haría un guiñapo, y a los dos juntos.

Conto me puso una mano en el hombro. —Entonces nos podemos ir —suplicó más que afirmó—. ¿Por favor?

—Se burló de mí, Conto —di un golpe en el brazo de la silla—. ¿Quién se cree que es? Está ahí sola sin armas ni nada, voy a ofrecerle protección, y ella me manda a paseo.

Mi socio fue hasta su silla y pidió datos a la nave. —Tenemos dieciocho horas para que se cargue el Cultivo —dijo conciliador—. Quizás puedas convencerla por radio... de lo que sea que quieras convencerla.

—Vete al diablo.

Me quedé rumiando mi frustración por una buena media hora mientras Conto trazaba y rehacía cursos con tal de no prestarme atención.

—Deben ser muchos hombres —afirmé de repente—. Algunos podrán resistírsele. Y mujeres, claro —me di un puñetazo en la mano abierta—. No puede manipular un grupo heterogéneo.

Conto ignoró mis palabras, pero se interesó cuando me vio acercarme al micrófono de hablar a los pasajeros.

—Su atención, por favor —dije con la voz más calmada que pude articular—. Reúnanse en

la cámara de abordaje para una comunicación importante del capitán.

Mi socio se paró y vino hasta mí. —¿Qué rayos vas a hacer?

Sin hacerle caso alguno salí de la cabina y fui por los pasillos colmados de literas y armarios hasta la cámara de abordaje, donde había tan poca gravedad que preferí activar las suelas. Conto iba detrás dando excusas a los pasajeros que yo simplemente apartaba.

Cuando me detuve Conto me interpeló con inquietud.

—¿Qué vas a hacer, Staro? ¿Qué locura?

Yo conté los pasajeros que se agolpaban en la cámara, único lugar en la nave donde cuarenta y dos personas podían verse las caras.

—Veo que están todos —concluí—. Muy bien. La razón por la cual los llamé es que en la antigualla que está colgando allá afuera hay una mujer, una artista de gran talento que, como artista de gran talento, es un poco extravagante. No sé si ustedes saben que estamos en las cercanías del Ferente, una zona peligrosa donde no se debe andar si no es por necesidad, y ciertamente no permanecer.

Paseé la mirada por los rostros de mis pasajeros y constaté que les interesaba poco o nada cuanto les decía. La vida de trabajador itinerante te hace insensible a los problemas ajenos.

—Como es muy importante rescatar a esta persona y ni yo ni mi socio podemos solos, me veo obligado a ofrecerles un trato —continué—. A aquellos que vayan a esa nave y traigan a dicha mujer a como dé lugar, les reintegraré el pasaje.

Entonces sí pude ver animación en los rostros de los pasajeros. El dinero del billete podría alcanzarles para sobrevivir un mes en Seviria mientras conseguían trabajo definitivo o reunían suficiente para regresar a Capisbis con la cola entre las piernas. Sin embargo, ninguno dio el paso al frente, aunque varios se veían enganchados.

—Además... además —dije con efectismo—, anotaré los nombres. Si después alguno



quiere regresar a Capisbis en esta nave, tiene pasaje gratis.

Conto se paró delante de mí.

—¿Qué carajo significa esto, Staro? —me increpó—. ¿Qué es eso de regalar pasajes? Un tercio de ese dinero es mío y no tienes derecho...

—Un tercio de nada —lo interrumpí—. La nave es mía, llevo a quien quiera, como quiera. Está claro.

—Pero teníamos un acuerdo... un tercio...

—¿Qué tercio? ¿Hay algo escrito, legal? Según recuerdo eres mi empleado y te pago como entienda. Un salario base si me da la gana. La nave es mía, Conto; ¿recuerdas?

Conto se puso cárdeno. —Estás loco —y se marchó de la cámara.

—Bueno —volví a recorrer a los pasajeros con la vista, y ciertamente había decisiones tomadas—. ¿Alguien?

Diez hombres y ocho mujeres alzaron las manos.

—Perfecto. Vayan al módulo de transferencia y digan sus nombres ante la cámara de vigilancia. Asegúrense de ponerse bien frente a ella. Ahí esperarán mi señal. ¿Alguna duda?

—pregunté ya saliendo de la sala—. Me comunicaré con ustedes cuando estén en el módulo.

Me dirigí a la cabina de mando, donde encontré a Conto andando de un lado para otro.

Cuando me vio frente al monitor central paró y se puso a mis espaldas.

—¿Qué haces?

—Reviso qué probabilidades tenemos de usar un software OR con esa chatarra —respondí—. Para dominar sus esclusas y que nuestros pasajeros puedan entrar con el módulo de transferencia.

—Eso es para rescates, no para un abordaje pirata.

—Técnicamente no hay diferencia.

—Sí la hay; la más mínima resistencia del sistema huésped...

—¡Ah! —lo interrumpí—. ¿Ves que no hay resistencia? —señalé la pantalla—. La sorpresa es la madre del triunfo.

Conto masculló algunas maldiciones mientras yo dirigía desde nuestra segura cabina el abordaje exitoso de la nave sembradora.

Todo fue de maravillas y tomó menos de veinte minutos.

Impaciente, esperé la vuelta del módulo en la sala de abordaje. El corazón quería salirse del pecho mientras veía abrirse la esclusa del amarre, y casi lo logra cuando descubrí a la Sirena entre los pasajeros que habían ido por ella. Conto estaba dos pasos detrás de mí, sospechosamente impávido.

Los pasajeros empujaron suavemente a la Sirena para poder pasar todos por la estrecha entrada. Ella no hizo resistencia, sino que se les escapó y avanzó resuelta hasta donde yo estaba.

—¿Qué significa este atropello? —la Sirena se cruzó de brazos—. ¡No puedo creer que otras mujeres participen de esto!

Las ocho pasajeras se miraron entre sí pero ninguna mostró voluntad de actuar a favor de una desconocida. Además era un poco tarde para el arrepentimiento y estarían en minoría numérica si de repente se volvía un asunto de hombres contra mujeres.

Junté las manos tras la espalda y me paré firme ante la Sirena. —No podemos dejarla abandonada en esa nave.

Ella puso los ojos como platos. —¿Qué usted dice?

—Su nave es muy antigua —dije—. No es adecuada para el espacio profundo, menos aún para la cercanía del Ferente.

—¿Y a usted qué le importa?

—Su vida corre peligro.

—¿Qué le importa, repito? Mi vida es mía. ¡Haga favor de dejarme volver!

—No sería correcto —me balanceé en la punta de los pies—. Sobre todo tratándose de usted.

—¿De mí? —se asombró—. ¿Qué hay conmigo?

—No puedo dejarla en peligro si puedo rescatarla. Los demás espaciales me lincharían si se enteran que dejé a la Sirena en un trasto a la deriva junto al Ferente.

Ella se encogió de hombros airadamente. —Diga que yo no quise. Que estoy loca, que me gusta el peligro; y no hay ninguno, dicho sea de paso.

—Precisamente —dije con una sonrisa condescendiente—. Su insistencia en permanecer en esa nave a pesar de mi ofrecimiento de rescate indica que puede estar trastornada. Es mi deber llevarla aunque sea a ver un especialista.

La Sirena caminó hacia mí. Su respiración era agitada y sus labios temblaban de furia carmesí, hermosados al igual que las mejillas. —Me vas a dejar volver, secuestrador de porquería, o te arrepentirás —dijo clavándome el dedo en el pecho. En la gravedad mínima de la sala de abordaje sus cabellos se demoraban en caer sobre los hombros cada vez que éstos subían y bajaban, y al dispersarse parecían como un velo de gasa negra ondulando suavemente.

—Lo siento mucho si al momento mi decisión la perturba —me excusé, sonriendo aun—. Ya atenderá a razones. Por lo pronto trataremos de darle la mejor acogida. Conto, prepara nuestro camarote para la señora.

Conto estaba suficientemente cerca tras de mí como para poder susurrar la confirmación de la orden si no tenía ánimos de hacerlo en voz alta. Interpreté su silencio como duda; decidí

considerarlo insubordinación sólo si le tomaba más de un minuto.

—Está bien —escuché finalmente a mis espaldas—. Venga, por favor. Ya veremos cómo arreglar esto. Por favor.

La Sirena apartó sus ojos de los míos y miró detrás de mí. Su expresión cambió, como si hubiera ganado confianza y seguridad. —Ya veremos —aceptó—. Si hay vida hay esperanza.

Algo se agitó dentro de mí, algo como un miedo nonato, mientras la Sirena iba pacíficamente tras Conto. Esperé el tiempo suficiente y me fui a la cabina, donde me acomodé a dormir en la silla de mando, tras asegurarme por las cámaras que la huésped quedaba bien segura en la habitación cerrada. El sueño podría ser feliz.

Desperté entumecido. La silla de mando era cómoda, anatómicamente moldeable y todo eso, pero no era una cama, ni siquiera en gravedad reducida.

Lo primero que vi al abrir los ojos fue a Conto ante el monitor de navegación. Parecía estar absorto en trazar rutas. En realidad estaba ignorándome, como descubrí cuando hundió la cabeza entre los hombros al escuchar mis bostezos y estiramientos. Me paré desganadamente y me puse a sus espaldas, sin que él mostrara el menor signo de interesarse por mi existencia. Al parecer aun no estaba listo para reconciliarse conmigo y aceptar mi posición.

Me dirigí a la puerta tras comunicarme con él mediante un gruñido mezcla de fastidio, preocupación y reproche. Era mi forma de hacerle entender que necesitaba su apoyo con otra persona mucho más difícil de tratar y que él debería acompañarme a ver cómo ella se había instalado; tendría mucha más autoridad si él me secundaba. No obstante, Conto no

me siguió ni dio señales de responder mi pedido de compañía. Para no ir solo tomé del armario junto a la salida una pistola de polvo con arnés y todo.

Caminé hasta el camarote, me demoré alistándome y toqué a la puerta. Al no escuchar respuesta, esperé unos segundos para entrar. Ella se paró de la cama y me miró con furia.

—¿Debo ponerme en atención? —dijo en tono agresivo—. ¿En alguna otra postura de su agrado? ¿Alguna que señale su poder sobre mí? ¿No le excita más un poco de resistencia? —y se puso en guardia de boxeo por unos segundos.

Llevé la mano mecánicamente a la funda, y al seguirla con la vista ella descubrió mi pistola.

—¿Para qué es eso? —preguntó burlona.

—Para tu protección —carraspeé—. Hay muchos hombres a bordo y una mujer misteriosa solivianta los ánimos.

—Caramba, nunca lo imaginé —enarcó las cejas y frunció los labios—. ¿Entonces por qué no me llevas de vuelta a mi nave y ya?

—El Ferente es aún más peligroso.

—¡Ja! No hables del Ferente, que lo conozco mejor que tú. Estaba ahí cuando se hizo. Tomaron un grumo de materia extraña y lo estiraron hasta que fue una sola partícula de billones de quarks alineados en cadeneta: rojo, verde, azul y de nuevo rojo, verde y azul de un cabo al otro.

—Suena bastante antinatural.

—Antinaturales somos tú, yo y la nave completa. Vamos a cruzar el Ferente a ver quién tiene más convicción de su naturalidad.

—Por eso mismo es peligroso. Puede querer convencerte del error en que vives.

—No ocurrirá. Su tiempo contiene al nuestro y para nosotros hace sólo lo que hizo y hará

por siempre; no da sorpresas locas. Es más confiable que los hombres.

—Creo que no estás siendo racional —meneé la cabeza—. Tu actitud es temeraria, como mínimo.

La Sirena se acercó confrontándome. —En otras palabras me vas a tomar a tu cargo —me midió de arriba abajo con los ojos—, con la justificación que sea. ¿Eso te gusta, no?

Me ajusté el cinto por donde pendía la pistolera y le sostuve la mirada sin responder.

—Vamos a ver si estás a la altura —me dijo con la boca torcida en una sonrisa despreciativa e indicando el arma con un gesto—. ¿Es lo mejor que puedes llevarte a la mano?

—Es una pistola de polvo —expliqué—. Cuando está en la cápsula el polvo es neutro, pero cuando se dispersa con el disparo o el impacto las partículas se cargan y liberan un buen shock.

—Déjame verla de cerca —pidió ella—. Vamos, que sólo funciona en tu mano. Un inconveniente, ¿no?

Le tendí el arma con reluctancia. De algún modo me era imposible negarme.

Ella le dio vueltas en la mano y la examinó. —Ajá, ya sabía —opinó con suficiencia—. No es gran cosa en verdad. Bajo calibre, pocas cápsulas, imagino que baja cadencia.

Le quité el arma, airado, y al enfundarla me sentí extrañamente distendido. —Funciona a la perfección —dije con voz impositiva.

—No bastaría para detenerme. La única razón por la que no te he dado una paliza es que como has dicho son muchos en esta nave, e igual no podría darle órdenes al sistema.

—Tienes mucha confianza en ti misma —y ahora sí llevé una mano a la funda, a consciencia y con cierto regodeo.

—¿No me crees? Yo solía ser una agente encubierta hasta que tuve que usar uno de esos

borradores de memoria. Lo recuerdo porque soy la única persona que logró recuperar parte de su pasado, y por eso me dieron un montón de dinero para que me perdiera. Y una de las cosas que jamás olvidé es cómo golpear gente.

Me encogí de hombros. —De cualquier manera, no tienes motivo para volverte violenta — le dije mientras acariciaba suavemente la culata de la pistola—. Todo es por tu bien y algún día me lo agradecerás. Millones de seres humanos te escucharán cantar. ¿Tienes idea de cuánto dinero y fama te esperan en la civilización?

—¿Quieres parte de esa fama y fortuna? —dijo dejándose caer en la litera, tan suavemente como sólo se puede hacer en una fracción de gravedad terrestre—. ¿No quieres agradecimiento ahora mismo en especie? ¿O el hecho de haberme raptado y controlarme es suficientemente satisfactorio?

La miré con aire de reproche.

—Ah, si es por altruismo —continuó ella—. Para que no se pierda mi bonita voz. Soy el ruiseñor del emperador o algo así. Bueno, pues no soy nada sin mi base de datos.

—¿No la trajiste?

—¡Me llevaban a la fuerza! No tuve chance de empacar. Pero podría descargarla desde esta nave.

—¿Cómo?

—Con el mismo programa OR con que abriste mi esclusa, pirata. Vamos a tu puente de mando.

Vacilé. Eso implicaba ponerla cerca de las terminales del sistema de la nave.

—Y hago un concierto —insistió ella—. ¿No te gustaría?

Saboreé la idea de ser de los primeros en escuchar en vivo a la Sirena.

—Está bien —le mostré la puerta—. Ve tú delante.

Ella se levantó con aire cansino y caminó contoneándose delante de mí de una forma como si fuera a medias forzada, a medias por su voluntad. De vez en cuando se volteaba para pedirme indicaciones, y al hacerlo su mirada quería ser la de quien atrae a un incauto a su perdición.

Pero cuando la puse ante una terminal la noté insegura por primera vez.

—Es perfectamente compatible con tu sistema —le dije al oído—. ¿Quieres ayuda de todas maneras?

Ella rió. —No debieras ofrecer ayuda a una mujer así tan de cerca —murmuró con la voz enronquecida—. Una no es de hierro.

Yo me retiré, rojo de vergüenza. —Me maravilla que tu antigualla aún funcione —dije para cambiar tema—. ¿Cuándo fue la última vez que repusiste el suero del Cultivo, o el mismo Cultivo? Debe estar al borde del colapso.

—No usa ese Cultivo barato de ustedes —tecleó tan rápido que no pude ver sus dedos—. Usa Cepa, que es eterna. Además tu nave no es del año pasado precisamente. ¿Si no qué haces chupando del Ferente?

Intenté ver qué salía en el monitor de interfase, pero justo en ese momento ella comenzó a cantar.

—El viento agita las ramas como soplo de tinieblas —entonó con premura suave—; la luna, galeón fantasma, surca mares de nube...

Me fijé únicamente en el movimiento de sus labios, en que acompañaba la letra con la expresión del rostro, en cómo entrecerraba los ojos en las partes más intensas. Era una balada triste en la cual ambos amantes morían al final, y verla a ella cantar era lo mismo que oírla. No atendí otra cosa. Cuando terminó simultáneamente la canción y la interfase, no pude conjeturar cuánto tiempo exacto había demorado, ni tenía recuerdos precisos de sus



acciones en el sistema.

—Ya está —dijo apartándose del teclado—. Debí dejar la programación original de hace quince años; por haberla actualizado es que pudiste usar el OR en mi contra.

—¿Quince años? —me asombré— ¿Hace tanto que tienes esa nave?

Ella puso cara de ofendida. —¿Me vas a preguntar la edad? Aunque no te interesa — sacudió un dedo ante mi nariz—, te voy a decir un secreto: el tiempo transcurre de otra manera cuando estás siempre cerca del Ferente.

—Ya lo sabía —dije ufano—. Tuvimos que adelantar el reloj de a bordo unos cuantos minutos la última vez.

—Muy bien, genio. Te diste cuenta por ti mismo a la primera; si fueras tan sensato para otras cosas. Pero es mucho pedir. Ahora puedes llevarme al calabozo o al harén, como quieras.

—Desearía que no hicieras más alusiones de esas. No creo haber dado motivos para insinuaciones así.

—Por Dios, qué tipo —sacudió la cabeza con furia—. En primer lugar no me importan tus sentimientos, y en segundo, o digo esas cosas o reviento y te hago mucho daño. Elige.

Bajé los ojos sin saber si entristecerme o airarme.

—Ah, tengo hambre —dijo dándome la espalda—. Dame pan y agua para poder cantar.

Hablando de eso, debes conseguir bastante bebida y comida ligera.

—Estamos provistos, por si hay que entretener a algún consignatario importante — recordé—. ¿Cuánto te cabe? —dije divertido.

—No es para mí, grosero, sino para la fiesta.

La miré tratando de expresar aún más pasmo del que sentía.

—Para cuarenta personas no puedes hacer un concierto —dijo ella—. Es una petulancia.

Con cuarenta personas, haces una buena fiesta con música, y de repente empiezas a cantar.

Obviamente no sabes divertirte. A propósito, ¿tienes de esos replicadores de sonido?

—Uju... tengo.

—Son mejores que cualquier audio energizado. Y por lo que más quieras, para avisar a tus pasajeros no digas nada como “están autorizados a divertirse” o “la festividad comenzará en unos minutos”. Sólo lleva las cosas: comida, bebida, una terminal sonora y los replicadores. La gente entenderá sin palabras.

Sentí la necesidad de negarme, obstaculizar, trabar el mecanismo, pero sólo alcancé a proferir un patético reparo acerca de la dificultad de poner a punto todo cuanto ella quería en cantidades.

—Bueno, quizás ni eso puedas hacer —ella se encogió de hombros—. Tu segundo, seguro sí puede encontrarlo todo.

Levanté la mano con la ligereza de quien va a aplastar una mosca, pero mi voluntad se debilitó tan rápidamente que no hubiera podido ni matar a un hipotético insecto.

La Sirena ni pestañeó. —Si esa mano me toca —dijo confrontándome sin miedo alguno—, será lo último que hagas con ella sin sentir mucho dolor.

Tal como predijo la Sirena, Conto lo dispuso todo con gran facilidad, y lo peor, gusto. Se le veía en cada movimiento el placer de servir y casi pude sorprender un brillo desconocido en sus ojos. Ella lo tuvo como un recadero, poniendo las cajas y los replicadores por toda la cámara de abordaje. Yo me vi reducido a ser un mudo espectador parado en la puerta, sin más función que contener a los curiosos pasajeros. La maestra de ceremonias estaba junto a mí, no sé si para tener una mejor perspectiva o para restregarme en la cara las órdenes que

daba a mi subordinado, indicándole con la misma mano en la cual llevaba el mando del sistema de sonido; parecía que lo manejara por control remoto.

—Pareces muy alegre —dije de repente—. ¿No estabas amargada por estar aquí?

La Sirena me echó una mirada fiera y fue hasta Conto. —*The last thing i need is you* —voceó sin cuidar la melodía en lo más mínimo—, *pushing me over, making my day worst* —insistió mientras pretendía ayudar con la última caja de bebida—, *¿what are you, a curse?* —¡Yo entiendo arcaico! —mentí al borde de la ira. Me sentía como un chiquillo constantemente regañado, culpable sin saber por qué. Era una situación decididamente infantil, tanto por mi causa como de la suya. Estaba a un tris de mandarlo todo al diablo de manera radical: ordenando a la “Estrelladora” que cortara la energía a la cámara de abordaje.

Entonces Conto se irguió secándose la frente con el dorso de la mano. —Vamos, Staro, por favor —me pidió en el mismo tono sereno con que cinco años atrás le había oído explicar a un capitán histérico cómo pretendía salvar de la asfixia a los pasajeros—. Tengamos una fiesta en paz. ¿Quién sabe si todo mejore después?

La Sirena también me miró, por suerte sin decir palabra y con una expresión neutra en el rostro.

No dije nada; simplemente golpeé el botón de abrir la puerta y me eché a un lado. Los pasajeros entraron en tropel, abalanzándose sobre los paquetes de comida y las cápsulas de bebida. Justo entonces la Sirena alzó la mano del mando por sobre la multitud, y la modesta bocina de avisos situada en el techo comenzó a emitir música suave de la que ponen en los transportes aéreos planetarios, convirtiendo así la cámara de abordaje en un salón de fiestas. Los replicadores distribuidos por todas partes recibieron la música, filtraron el ruido ambiente y las conversaciones, y devolvieron el sonido uniformemente por toda la sala.

Los pasajeros comenzaron a desplegarse por la cámara según se apoderaban de mis existencias de bebida y comida ligera. Algunos a quienes la dispersión llevó junto a mí me dieron las gracias; otros desconsiderados simplemente me movieron a codazos o pisotones, indolores por la baja gravedad pero no menos molestos. Fui apartándome, buscando espacio, consciente de la ignominia de verme empujado en mi propia nave, hasta que mi espalda chocó con la de alguien, y al darme vuelta me vi frente a la Sirena.

—Tu amigo parece un galán triste —dijo ella.

Miré dos veces para cerciorarme de que señalaba a Conto, cuya sonrisa desvaída no hacía sino remarcar su abandono en medio de los pasajeros, los cuales actuaban como si fueran conocidos de siempre.

—Él es... —carraspeé con circunstancia—, un tipo a su manera.

Ella lo examinó con interés. —Es lindo. Amable, no un caballero andante en brillante armadura —me miró significativamente—, de los que te sacan de tu torre por el pelo, a rastras, aunque grites y patalees.

Antes de que pudiera protestar, ella se reunió con el pasaje y trabó conversación con tres perfectas desconocidas. De ahí en adelante las cosas comenzaron a desarrollarse como nunca he visto. Los pasajeros se relajaron, hablaron, hicieron y deshicieron grupos, chacharearon o callaron para disfrutar la música; en pocas palabras, una fiesta con todas las de la ley. Algunos bebían con moderación y nadie olvidaba llevarse algo a la boca de vez en cuando. Con tal ambiente, de pronto ya no eran perdedores ni caídos sino personas tomadas de las manos y reluciendo de felicidad. Y ella estaba en el centro. La observé tejer una telaraña de encanto y bienestar por toda la cámara de abordaje, parte con su propia interacción, parte con la música de fondo, que controlaba con un mando remoto proporcionado por su nuevo amiguito, mi segundo. Al cabo de los quince minutos, ella se

apartó, dejó de conectar, y se relajó en una esquina, meditando. Pensé que era el momento de recomenzar con ella, pensé en acercármele, pero de repente se terminó una pieza musical, y al comenzar la siguiente ella la acompañó cantando.

En la cámara se acallaron todos los sonidos, haciéndole espacio a su voz y la música. Reviví todas las emociones que me habían llevado a traerla a mi nave mientras ella cantaba la endecha de quien no podía conformarse con ser el pasado de otra persona, cuya ilusión de vida fuera un día lejano ya. Mi garganta se cerró como un puño, supongo que para cerrarle el paso a mi corazón desbocado. Con esa pieza yo, como todas las demás estatuas de sal en la cámara, acababa de mirar atrás, a un amor ya pasado que no se debía recordar. Ese era el poder de la Sirena, contar nuestra vida con sus palabras cual si conociera toda nuestra negra desesperación.

Los aplausos no esperaron el final de los acordes, y ella hizo reverencias doblemente graciosas por el vuelo de sus cabellos en la baja gravedad. Por entre las palmas de mis manos pude observar también que las lágrimas más evidentes pertenecían a los que habían incursionado en la sembradora; pero a juzgar por cómo se nublaba mi visión, yo los dejaba atrás.

— Esa fue un tanto tristona, lo reconozco —dijo la Sirena—. Pero fueron tan amables de aplaudir, a mí que nunca antes me habían aplaudido. Por eso voy a ofrecerles una canción de agradecimiento, por darme el mejor día de mi vida a pesar de las circunstancias. Es un poco más feliz...

En efecto lo era. Y la siguiente, y la otra; tres pegadas, sin interrumpirse. Tres canciones hermosas, llevadas a la perfección por su voz de ángel –o súcubo, según correspondiera—. Ya la cuarta, una sobre marinos pendencieros, totalmente delirante, fue precedida de una breve explicación sobre qué era un *zoot suit*, y todos nos reímos de las modas de la vieja

Tierra. Al terminar esa no pudo continuar, pues se vio rodeada por todas las mujeres y su admiración; entre todos los hombres no reuníamos el valor para que se acercara uno solo. Me percaté entonces del aura de poder que emanaba de ella y me sentí fuera de lugar, redundante. Yo no era más la figura de autoridad, sino la Sirena. Descansé la mano en la pistola, pensando en cuán fácil le sería a ella lanzar a los pasajeros a un motín, y lo peor, cuán tibia podría ser la reacción de Conto a juzgar por las miradas de adoración que le dirigía mientras las viajeras la rodeaban como una guardia personal.

—¡Lo que daría por tener tu garganta! —exclamó una admiradora.

—¿La mitad de tus recuerdos? —preguntó misteriosa la Sirena.

Las mujeres murmuraron sofocando risillas nerviosas.

—En serio —dijo la Sirena—. No está en la garganta. Al menos no nací con una voz especial; fue un accidente.

—¡Ah, vamos! —descreyó la que daría cualquier cosa.

—Una vez, hace tiempo, tomé una droga que debía borrar la memoria; pero funcionó de forma extraña en mí. Me quitó sólo parte de mis recuerdos y me dio la capacidad de cantar; me dijeron que modificó el centro del habla y por eso mi voz cambió, poco a poco. Me dijeron también que esa reacción es única, así que no les recomiendo probar.

—Entonces eres una *freak* —dije en voz alta desde mi esquina—. Una especie de mutante.

Todos se dieron vuelta y me miraron como si yo fuera una cosa escurrida del techo.

—Es cierto —dijo la aludida—. Soy una mutante del espacio profundo; ¿acaso no son monstruos las Sirenas? Pero no esperes que muestre la cola, capitán.

Alguien fuera de mi vista se rió, y del extremo opuesto le hicieron eco. Intenté determinar quién había sido para atajar la burla, pero esta saltó de uno a otro como un contagio, siempre un paso por delante de mi búsqueda, hasta que ante mis ojos sólo vi risa en

cuarenta variantes, a cuál más obscena en su despliegue de dientes, lenguas, paladares, comisuras y agujeros de nariz.

—Ya basta —advirtió la Sirena—. El capitán podría pensar que nos estamos burlando de él y eso sería fatal en caso de que tuviera problemas de autoestima. Podría, no sé, molestarse mucho y hacer despresurizar la cámara.

Aunque la risa se resistió a morir durante unos segundos más, al fin fue sustituida por caras graves. Sospecho que no se debió al pedido de ella sino a la extraña mueca con la cual pretendí fingir una sonrisa; yo mismo la sentía como una máscara tirante sobre mi rostro y difícilmente podría darme aspecto apacible.

—No tengo intención de ver nada escamoso, gracias —bromeé—. Preferiría que siguieras cantando.

Mirándome a los ojos la Sirena descubrió debilidad, mi frágil equilibrio entre histeria y contemporización, y me viró la cara como si quisiera señalar que despreciaba mis preferencias y que si cantaba de nuevo era por su voluntad, no por la mía. —Ya descansé, amigos —agitó el mando en alto—. Denme aire para cantar.

Obedientes, los pasajeros se apartaron lo más que pudieron, con lo cual una vez más fui empujado, pisoteado e ignorado.

—Tengo mucha música tradicional del área norte del Atlántico de Vieja Tierra —explicó la Sirena, de pie sola en el centro de la cámara—, la más disponible en el momento que reuní mi base de datos. La mejor parte consiste en canciones de mujeres contando el sufrimiento de mujeres. Mayormente ocasionados por hombres, por supuesto, aunque hay algunas de mujeres, incluso hermanas, dándose problemas entre sí... a causa de un hombre. Y de todas esas canciones de mujeres sufriendo calamidades por causa de hombres, una de mis favoritas es una que tiene final feliz. La traduje al mixto moderno, así... —y tras tomar aire,

comenzó a cantar:

*Vivía una doncella a la orilla del mar*

*Muy sola una joven doncella*

*Sin nada que la pueda confortar*

*Da paseos a la orilla del mar*

*La joven a orillas del mar*

*La vio el capitán de un velero audaz*

*¡Que el viento sople alto y bajo!*

*"¡Moriré, moriré!", exclamó el capitán*

*"Sin la joven a orillas del mar*

*La doncella a la orilla del mar"*

*Tengo barras de oro y piezas de plata*

*Joyas, loza y terciopelo*

*Lo daré, lo daré a mi tripulación*

*Si la traen de la orilla del mar*

*La doncella a la orilla del mar*

*Tras mucha persuasión la trajeron a bordo*

*¡Que el viento sople alto y bajo!*

*La llevaron debajo del puente con él*

*Se acabó el pesar y el dolor*



*Dice adiós al pesar y al dolor*

*La llevaron a bordo, debajo del puente*

*¡Que el viento sople alto y bajo!*

*Es tan dulce, tan bella, fragante y sensual*

*Y cantando los hizo dormir al final*

*Y cantando los puso a dormir*

*Le robó todo el oro y toda la plata*

*Las joyas y todo el ropero*

*Con su espada en un bote se fue a navegar*

*Y remó con la espada en el mar*

*Con la espada a la orilla del mar*

*Mis hombres son tontos, o enloquecieron,*

*Son presa de gran desespero*

*Te dejaron marchar de mi velero audaz*

*Y remar con mi espada en el mar*

*Con mi espada a la orilla del mar*

*Tus hombres son tontos y no enloquecieron*

*Son presa de gran desespero*

*Porque los engañé, como a ti también*

*Porque soy la doncella en el mar*

*Otra vez a la orilla del mar*

*Vivía una doncella a la orilla del mar*

*Muy sola una joven doncella*

*Sin nada que la pueda confortar*

*Da paseos a la orilla del mar*

*La joven a orillas del mar*

Cantó la letra una vez y luego hizo a los presentes repetirla, a mujeres las partes de la raptada, a hombres las del capitán, como si les hiciera asumir los papeles. A la tercera se acercó a mí, esperando que yo cantara la parte en que el capitán promete riquezas a quien le llevara la doncella. Yo permanecí mudo. No estaba dispuesto a seguir ese extraño juego. Mi silencio se extendió, pues el sistema automático detuvo la música al no escuchar ninguna voz en armonía.

—Vaya, pues —dijo la Sirena en tono de reproche—. El capitán de esta nave es un poco plomo. ¡No importa! Su segundo es fiestero, aunque parezca tímido —y se aproximó a Conto.

En vez de compartir mi silencio, aquel a quien yo llamaba amigo comenzó a cantar. Enrojecido hasta la raíz del cabello y enredando más de lo que pronunciaba, pero cantó. Los pasajeros aplaudieron con júbilo, redoblado al escuchar la música volver según Conto entraba en melodía. Y cuando terminó esa canción —al fin—, ella ordenó al sistema pasar a la siguiente música y retomó la palabra con otra letra peor: una en arcaico hispánico que no era sino una lista de insultos a un hombre que se veía ahí —donde yo estaba parado, por supuesto—. Me harté de que me llamaran falso, malo y rencoroso; fui hasta la máquina

reproductora y la apagué.

—¿Es que de pronto sólo tienes canciones de brujas rabiosas de hace siglos? —le pregunté irritado mientras mis ojos seguían a Conto, quien se situó junto a ella en silencio—. Creo que no.

—Ah, qué quieres que diga. Soy la chica anacronismo —respondió ella dándole vueltas al mando—. Además canto lo que las circunstancias me inspiran. Pero para mostrarte que puedo ver la situación desde más de un punto de vista, ahora viene otra en hispánico... una sobre un hombre que ama a una mujer que pasa bajo su ventana cada día, cuando suenan las campanas de la iglesia, y sueña con ella, contentándose con saber que también pasará mañana. Como en su caso tú hubieras bajado a la calle a importunarla, a lo mejor la canción tiene un efecto educativo.

—Vete al diablo —dije con odio, e hice un ademán que abarcaba a todos los presentes—. Quedan con ella; si hubiera sabido que era tal clase de víbora, no hubiera disfrutado tanto oírla cantar.

—Te vas porque yo quiero que te vayas —armonizó la Sirena poniendo expresión socarrona—; a la hora que yo quiera te detengo...

Cuán bien podía expresar los tonos más diversos, pensé mientras huía por el pasillo solitario con el sonsonete prendido a mis orejas. Burla, desprecio, imperiosidad, tal como antes amor, esperanza, ternura. Era verdad lo que me advertía Conto: ella haría un guiñapo de cualquiera. Él mismo era la prueba viviente y servil. Yo no salía mejor parado, pretendiendo que todo iba bien mientras ella me mostraba al mundo como un tonto. Qué juego perverso hacernos soñar con ella, qué maldad hacernos sentir de esta manera con sus canciones. Llegué a la cabina evitando a duras penas que aquella mujer me hiciera llorar dos veces en un día. Lo primero que hice al entrar fue oprimir con ambas manos el respaldo

de un asiento, y cuando mis nudillos blancos de dolor no bastaron para disipar la ira, se me nubló la vista, perdí presa y resbalé golpeándome la frente con la cabecera, lo cual hizo el milagro de despejar mi mente. No debía permitirle lograr esto de mí, ni tampoco complacer su capricho de volver a su ruinoso nave. Debía volver al plan inicial... aunque no recordara exactamente cómo era. Y como obviamente el primer paso era mantenerla vigilada, activé el circuito de vigilancia. Sin sonido, para evitar el efecto de su voz.

La fiesta se estaba animando. Al parecer había puesto una piezaailable o al menos movida, por la forma en que todos daban palmadas y se mecían en ritmo guiados por ella. Sobrepasé la tentación de escuchar e hice un paneo para cerciorarme de visualizar toda la sala. Ningún rincón debía escapar a mi control. Si supieran todos, incluidos ella y Conto, cuán ridículos lucían agitando los brazos y moviendo los pies de aquí para allá, o si pudiera hacerlos verse desde mi punto de vista, como montón de marionetas silentes. ¿Quizás poniendo la grabación de su espectáculo en la pantalla del compartimento a la vez que cortaba la energía de su reproductora? También podría cerrar la puerta y despresurizar poco a poco. ¿Qué notarían primero, la falta de aire o el debilitamiento del sonido? ¿Cómo cantarás al vacío, Sirena? Formulé en la interfase el complicado protocolo para la extracción del aire y moví la imagen de uno a otro, imaginando sus convulsiones o muecas mientras acariciaba el botón rojo. En ese placer, que me duró unas cuantas piezas, comencé a notar que las caras raleaban y se hacía un vacío que no era el de mis planes: cada vez había menos personas en la cámara. Enfoqué la puerta, y capté a una pareja marchándose. Por supuesto. Bebida, diversión, baile, canciones de amor, y una nave que aunque pequeña estaba llena de recovecos. Alguna gente estaba teniendo suerte por los rincones de mi “Estrelladora”, y el mero pensamiento me llenó de asco. Habría manchas de fluidos corporales por todas partes, y en las zonas de pesantez ínfima –que algún ingenioso

preferiría—, gotitas microscópicas de aquello y sudor flotando en la atmósfera sin llegar a los filtros. No soy ningún pazguato pero me disgusta la falta de higiene, sobre todo si no es en mi beneficio. Una idea aun peor, no obstante, fue la causante de mi mayor alarma: acababa de notar la ausencia tanto de Conto como de la Sirena. “El muy cabrón”, pensé mientras degustaba bilis, “hipócrita y mosca muerta”. Por fortuna el soporte vital de la nave tenía identificados los parámetros míos y de Conto para tenernos localizables en todo momento. Estaba en el gimnasio con alguien más; una mujer, decía en su inocencia de máquina el sistema vital.

Mientras pedía una vista del gimnasio pensé amargamente que al menos no habría un aerosol resultante de esfuerzos sexuales: el gimnasio tenía tanta gravedad como cualquier otro sitio. Ordené enfocar hacia arriba para no tropezarme de golpe con los hechos, y bajé lentamente la visual. En cierto sentido, lo que vi fue peor que lo imaginado. Ellos bailaban.

Al verlos bailando realmente lento en el gimnasio tuve la súbita corazonada de que mi suerte se había agotado para siempre. Ambos estaban descalzos y debían haber pateado lejos sus zapatos, que no estaban a la vista. La noción de sus pies desnudos rozándose mientras casi flotaban me hizo sentir una tristeza insondable. Bajé la vista. Seguí escuchando, no obstante, y al hacerlo las imágenes inundaban mi mente. No entendía la letra, porque además de estar en lengua arcaica, ella prácticamente la murmuraba al oído de él; sólo capté las palabras “chocolate”, “amor” y “helado”. Era indudablemente tierna. Y la melodía era redonda, de retorno y vueltas como las que ellos daban, haciendo espirales con los pies a milímetros sobre el suelo. Un vals, el baile de las parejas, si algo sabía yo de esas cosas.

Salí de la cabina y fui corriendo como loco hacia el gimnasio. Quedaba por debajo de la cabina. Al ir por el pozo de acceso me tiré con fuerza, agarrándome a los tubos de descenso

para impulsarme hacia abajo, ganando rabia con el dolor en los pies al aterrizar en cada etapa. También me hacía daño en las manos, y me lo merecía, por tonto, por confiado, por iluso, por bien intencionado y magnánimo. Estaba poseído por una buena justa ira cuando empujé a un lado la puerta del gimnasio, que no se abrió lo suficientemente rápido como para acompañar mi estado de ánimo.

La gravedad, pobre incluso en un local favorecido por la topología gravitatoria de la nave, les permitía volar en sus evoluciones, y eso estaban haciendo cuando los vi. Daban vueltas abrazados en el aire, y era casi cómico verlos esforzarse por mantener la vista sobre mí mientras los giros les daban una perspectiva de carrusel. Fue Conto quien hizo el esfuerzo por frenar en cuanto sus pies tocaron el suelo de nuevo; ella incluso trató de seguir la inercia. Fue también él quien se separó, y el primero en confrontarme apenas el mareo se lo permitió.

—Supongo que esta es la parte sorpresa de la fiesta —gruñí mientras entraba—. Tan sorpresa que es a espaldas del capitán, ¿eh, Conto?

Mi segundo al mando no dijo nada; sólo se retorció las manos.

La Sirena, por su parte, vino hacia mí en dirección a la puerta —Creo que mejor me voy —dijo al cruzarse conmigo—. Ustedes están a punto de tener una de esas conversaciones masculinas y no quisiera estropearla.

—Si querías que me arrepintiera de traerte —le dije sin importarme que sólo me respondiera el contoneo de su espalda—, lo lograste, desgraciada. ¡Me arrepiento de haberte escuchado alguna vez! ¡Llevas bien puesto el nombre!

Conto no tenía la frente alta. ¿Cómo hubiera podido?

—Por eso no hiciste resistencia a que la trajera —le espeté a Conto—. Tú también la querías.

—No te entiendo —me respondió él.

Estaba habituado a sus evasivas; pero no a que me las dijera sin mirarme a la cara.

—Oh, lo sabes muy bien, señor bailarín de vals.

Conto enrojeció. —No sabía bailar, y ella se ofreció a enseñarme.

—Se suponía que ni querrías estar cerca de ella. Que le tenías miedo. Yo no vi ningún miedo y sí mucha cercanía.

—Para, por favor. Fue idea de ella.

Me reí estentóreamente, como un mal comediante de sus propios chistes. —¿Te obligó? — me acerqué hasta escupirle el rostro—. ¿Te amenazó con dejar de cantarte al oído?

—Tenía que poner la música de algún modo —Conto se encogió de hombros e hizo el intento de pasar por mi lado; yo me puse en su camino.

—¡Pues yo la traje! —grité dándome un golpe el pecho—. Y la nave con todo adentro es mía. ¡Por tanto, ella es mía!

—No seas estúpido, ninguna mujer es de nadie —Conto adelantó las manos para hacerme a un lado, y yo reaccioné empujándolo y dando unos pasos atrás, como buscando espacio para pelear.

—¿Qué dijiste? —lo reté—. ¿Qué sabes tú de mujeres? ¿Y quién eres tú para decirme estúpido? Cuando te recogí eras un desempleado, un bicho raro.

—Todo eso y más —Conto apretó los puños—; pero sin mí no hubieras ido a ninguna parte... fango.

La palabra con que los hombres del espacio se burlaban de los planetarios nunca había sonado tan ofensiva como en labios de Conto.

—Me parece que hay una sola manera de arreglar esto —dije—. Ven donde hay más comodidad.

—Muy bien —dijo Conto, siguiéndome a la misma área donde él y ella habían bailado.

Nos atacamos sin mediar aviso. Ambos queríamos ventaja y no limpieza, quizás por adivinar que sería una pelea bastante pareja. Yo, criado en un planeta, era más sólido, pero Conto sabía cómo mover el cuerpo en gravedad reducida y parado en botas adhesivas. Aunque él golpeaba más seguido y recobraba más rápido la vertical, mis puñetazos, cuando daban, triplicaban los suyos. No obstante, al cabo del rato mis esfuerzos por enderezarme tras cada fallo empezaron a cansarme y el agotamiento me hizo aún más torpe y lento. En cambio, Conto podía erguirse con gracia después de mis impactos, balanceándose atrás y adelante con los pies pegados al piso como un juguete de equilibrio. Mi orgullo quedó salvado por el hecho de que no me noqueara él, sino la esquina de un extensor con la cual choqué por no detener mi giro a tiempo, tras un derechazo bien colocado en la barbilla de mi socio. Debo haber lucido como un pelele, ondeando inconsciente.

Me alertó la sensación de alguien registrando mis bolsillos. Al abrir los ojos, era la Sirena. Su rostro estaba más cerca que nunca. Sentí su aliento tibio, su aroma, y si no lo soñé, sus cabellos rozando mi frente por un segundo. Fueron unos instantes, porque cuando notó mi mirada dio un paso atrás y me apuntó al pecho con la pistola de polvo.

—No... —susurré.

Ella disparó.

El impacto fue como siempre lo imaginé, parecido a los puñados de arena que de niño me arrojaban en las playas de mi planeta. El shock electrostático, jamás podré describirlo apropiadamente.

Mientras me sacudía como pez vi cómo ella examinaba su botín. Tenía en la mano mi tarjeta general, que daba algunas atribuciones menores en la nave, como abrir compuertas,



acceso a las antenas, a monitores de vigilancia y cosas así. No parecía comprender bien cómo operarla, pero no sería nada del otro mundo que aprendiera sobre la marcha. Me alarmé sobremanera, tanto cuanto podía hacerlo entre un retortijón y el subsiguiente ramalazo de dolor, y deseé que Conto no estuviera noqueado aun y pudiera hacer algo, o quisiera. Entonces, cuando mi cuerpo se relajó y sólo quedé sufriendo debilidad extrema, la vi voltear el rostro a la derecha, alzando de nuevo la pistola, y disparar. Perdí las esperanzas.

La Sirena se marchó fríamente, sin siquiera una mirada de despedida. Su trabajo estaba hecho, pensé mientras intentaba luchar contra la propensión de mis miembros a seguir arqueándose en direcciones imposibles. Conto y yo estábamos tirados en el aire, chocando entre nosotros y con la maquinaria de ejercicios como contrabando mal estibado, después de habernos peleado, ofendido, odiado y traicionado. Ya había hecho un trapo de piso con nosotros, ahora podía hacerle daño a la “Estrelladora”; ese pensamiento me hizo buscar mis últimas reservas de energía. No fueron suficientes.

Conto sí logró ponerse en pie, no sé si porque ella le había apuntado a un área del cuerpo menos limitante o porque el temor por la nave era una motivación mucho más fuerte en él. De todas maneras, al caminar parecía un muñeco maltratado por una niña malvada, y usaba más las manos que los pies para equilibrarse o avanzar. Difícilmente podría hacer algo, sobre todo porque la Sirena le llevaba algunos minutos de ventaja, suficientes para parapetarse en la cabina o marcharse a su nave sembradora.

Que habría sido, me lo estuve preguntando por un rato más; el esfuerzo infructuoso había retrasado mi recuperación. Cuando finalmente pude repetir la pantomima de Conto –y recé porque ella no me estuviera viendo en cámara–, opté por la cabina. Tuve la desgracia de tropezarme por el camino con una escena entre dos que habían decidido usar las literas, en

vista de la vaciedad de los pasillos. Me ignoraron, y yo seguí como caracol desconchado hasta la cabina.

Conto estaba sentado ante el monitor de visión externa. Se veía la enorme nave sembradora de la Sirena, y junto a ella un ínfimo puntito.

—Pronto... —jadeé a sus espaldas—. Controla el módulo y tráela de vuelta.

—No es el módulo de transferencia —dijo Conto.

—¿Cómo que no es el módulo? —y me acerqué a mirar mientras la comprensión erizaba mis cabellos. El cuerpo de Conto me había cubierto una esquina de la pantalla donde se veía un agrandamiento del punto. Era la lanzadera del fundador de Cieloverde.

—¿Cómo supo? —dije incrédulo.

—Le propuse irnos a vivir a un lugar solitario con un dinero que ganaría —explicó Conto mesándose los cabellos—. Tuve que contarle cómo esperaba ganar ese dinero.

El puntito se fundió con la sembradora. Minutos más tarde, las lecturas expuestas en la pantalla nos avisaron que la otra nave estaba calentando motores. Había un buen número de cosas que podíamos hacer para impedirle entrar en tránsito, como acercarnos y activar nuestro motor cerca de ella, o disparar una mina de frenado por isocromía justo ante su proa. Aun podíamos dominarla, sobre todo si Conto, en vista de los hechos, escapaba a su hechizo y me apoyaba.

—Déjala ir —dijo mi amigo como si me hubiera escuchado pensar—. Nunca debimos haberla molestado.

Vencido, observé junto a Conto cómo la nave sembradora se alejaba de nosotros a lo largo del Ferente. Triste ironía final, en ese momento tuve la dolorosa necesidad de escuchar una canción que pusiera palabras a mis emociones. Y para eso, nadie mejor que la Sirena. Conto sentiría lo mismo.

Ella podía abandonarnos, pero nosotros a ella no.

**Juan Pablo Noroña Lamas (1973)**: Graduado de Letras en la Universidad de la Habana. ha sido incluido en la antología Reino Eterno, Letras cubanas 1999. es colaborador del fanzine de Literatura fantástica *MiNatura* y la revista digital Axxón. Recientemente fue antologador de Secretos del Futuro, Sed de Belleza 2006.

La mayor parte de su obra se encuentra inédita.

AL INDICE

## 5. APÓCRIFOS: NECROBIAS: PRÓLOGO\*

Por Stanislaw Lem.

**CEZARY STRZYBISZ**  
**NECROBIAS**  
139 reproducciones  
*Prólogo de*  
*Stanislaw Estel*  
**Editorial ZODIAK**  
**Prólogo**

No hace muchos años, los pintores y escultores se aferraron a la muerte como a una tabla de salvación. Provistos de atlas anatómicos e históricos, empezaron a destripar a los desnudos y revolver en las panzas, sacando a sus telas la maltrecha fealdad de nuestras vergonzosas interioridades, recubiertas normalmente, y con cuánto acierto, por la piel. No obstante, los conciertos que la podredumbre revestida de todos los colores del arco iris, empezó a dar en las salas de exposiciones, no fueron una revelación. La cosa hubiera sido obscena si alguno de los espectadores se hubiese sentido afectado, u horrenda si alguien hubiese temblado; pero ¿qué le vamos a hacer?: ni siquiera nuestras tías se indignaron. Midas convertía en oro todo lo que tocaba, y la plástica actual, bajo la maldición de un signo contrario, liquida con un toque de pincel toda la seriedad de lascosas. Como quien se ahoga, quiere asirse a lo que pueda, y se hunde junto con lo asido... ante la desengañada pasividad de los espectadores.

Quiere apoderarse de todo. ¿Incluso de la muerte? ¿Por qué no nos escandaliza su antimajestad? ¿No nos hubiera debido hacer reflexionar (por lo menos) el horror de esas láminas embadurnadas de rojo sangre, cual ampliadas ilustraciones de un manual de medicina forense?

Pero ni siquiera ese poder tenían..., porque eran demasiado forzadas. La misma idea era ya infantil: asustar a los adultos... ¡Eso no podía tener seriedad! En vez de un *memento mori*, recibimos unos cadáveres cuidadosamente descompuestos; el secreto de las tumbas, expuesto a la luz del día con demasiada insistencia, temía el aspecto de una cloaca viscosa. La muerte así mostrada no nos dice nada, porque es demasiado ostentosa. Unos pobres pintores a quienes no bastaba ya la naturaleza, emprendieron la escalada del Gran Guñol, y el tiro les salió por la culata.

Pero, después de un descrédito semejante, después del chasco recibido de la muerte, ¿qué hizo Strzybisz?, ¿cómo logró rehabilitarla? ¿Qué son, en realidad, sus "necrobias"? En todo caso, no son pintura. Strzybisz no pinta, y al parecer nunca tuvo un pincel en la mano. Tampoco son grabados, porque él no dibuja ni graba en ninguna materia, no esculpe.

Strzybisz es fotógrafo. Hay que decir que es un fotógrafo singular, puesto que, en lugar de la luz, usa los rayos de Roentgen.

Este anatomista atraviesa el cuerpo de lado a lado con su ojo prolongado por los hocicos de los aparatos radiográficos. Así y todo, no cabe duda de que unas películas en blanco y negro, vistas en todos los consultorios médicos, nos dejarían indiferentes. Por eso, él vivificó sus desnudos. Por eso sus esqueletos andan con paso tan elástico y decidido en sus gabardinas-mortaja, con espectros de carteras en la mano; bastante malicioso y extravagante, hay que reconocerlo, pero nada más. Sin embargo, esas instantáneas eran solamente unas pruebas, unos experimentos, no había aprendido todavía. El revuelo surgió sólo cuando Strzybisz se atrevió a una cosa horrenda (aunque ya no debía haber cosas horribles): pasar por rayos X, y así nos lo mostró nuestro sexo.

Ese ciclo de trabajos de Strzybisz se abre con sus "Pornogramas", muy humorísticos, pero de un humor bastante cruel. Strzybisz enfocó las lentes de sus objetivos sobre la sexualidad más desenfadada descarada e insolente: la del grupo humano. Los críticos dijeron que quería burlarse de la pornomanía, que le había dado una lección capital llevándola hasta el mismo hueso, que su intención había tenido éxito, puesto que aquellos huesos, imbricados unos en otros, dispuestos en unos rompecabezas geométricos y que parecen, a primera vista, mezclados inocentemente, se transforman ante los ojos del espectador, repentina y singularmente, en un moderno *Totentanz*, en una cópula de esqueletos saltarines. Se comentó que Strzybisz buscaba ultrajar y ridiculizar el sexo y que había conseguido su propósito.

¿Es cierto eso? Por supuesto, pero... podemos ver en las "necrobias" algo más todavía. ¿Una caricatura? Sí, pero no sólo esto, porque hay en los "Pornogramas". una cierta seriedad implícita. En primer lugar, Strzybisz "dice la verdad" y sólo la verdad, verdad que hoy día, si no sufre una deformación artística~, pasa por una simpleza; en realidad Strzybisz no es más que un testigo, una mirada penetrante pero no transformadora. No hay modo de defendernos de ese testimonio ni rechazarlo a título de ficción de truco, de pequeño juego premeditado, porque él tiene razón. ¿Una caricatura? ¿Una malignidad? ¡Si esos esqueletos son casi estáticos en su dibujo abstracto! Strzybisz actuó sabiamente al descubrir los huesos, al despojarlos de su cobertura de carne, los liberó, buscando honradamente su propio sentido, que ya no se refiere a nosotros. Al buscar su propia geometría, los hizo soberanos.

Aquellos esqueletos viven—si así puede decirse— a su manera. El les otorgó la libertad evaporando

sus cuerpos, o sea a través de la muerte, aunque precisamente los cuerpos desempeñan un papel importante, a pesar de no ser inmediatamente perceptible, en las necrobias.

No podemos entrar aquí en los detalles de la técnica radiológica; sin embargo, es imprescindible una breve explicación. Si Strzybisz se hubiera servido de rayos X cortos, en sus fotos aparecerían solamente los huesos, en forma de unos trazos claramente dibujados y segmentados por las hendiduras; más oscuras, de las articulaciones. En tal caso, se obtendría una abstracción osteológica demasiado ceñida. Mas él nunca procede así: en sus fotografías aparecen, penetrados por los rayos largos, los cuerpos humanos levemente

insinuados, esfumados como cúmulos de luz láctea, lo cual aporta el efecto adecuado. La apariencia y la realidad confunden ahí sus fronteras. Strzybisz acierta a mostrar, y lo hace como sin proponérselo, como por casualidad, el medieval Totentanz holbeiniano que permanece dentro de nosotros intacto, idéntico, no afectado por el tumulto de nuestra civilización relumbrante: la comunión de la muerte con la vida. Encontramos en su obra el mismo desenfadado saltarín, el vigor jovial y la frivolidad apasionada que Holbein había dado a sus esqueletos. Sólo que nuestro artista contemporáneo les confiere una gama de significados más amplia, ya que aplica la más nueva de las técnicas a la función más antigua de los organismos. Strzybisz nos propone la imagen verdadera de la muerte en medio de la vida, y la mecánica (puesta de manifiesto hasta la recóndita trama de los huesos) de la multiplicación del género humano, a la que asisten los pálidos espectros de los cuerpos.

De acuerdo —dicen algunos— admitamos que sea esa la filosofía que se desprende de la obra; pero

acaso el artista no ha "rizado el rizo" haciendo popular a los cadáveres? ¿No se ha acogido al tema de moda para conseguir efectos sensacionalistas? No sería eso un procedimiento vulgar? ¿Y si los "Pornogramas". fueran, sencillamente, el truco de un listo? Hubo incluso quien no vaciló en tacharle

de timador. Prefiero no disparar contra esa clase de juicios los cañones de una retórica de calibre pesado. En vez de esto, les propongo que miren con detenimiento el pornograma 22, titulado "Triolistas".

Es una escena de una indecencia muy especial. Si la comparamos con una foto normal de las mismas personas, es decir, con un producto de la pornografía comercial, veremos al instante cuán inocente resulta esta última al lado de un roentgenograma.

Y es que la pornografía no es directamente lasciva: excita tan sólo mientras en el espectador perdura todavía la lucha de la libido con el ángel de la cultura. Cuando a este ángel se lo llevan los demonios, cuando a causa de la tolerancia general se manifiesta la debilidad de la prohibición sexual y su total ineficacia, cuando los tabúes se van al cubo de basura, con que rapidez muestra entonces la pornografía su carácter inocente o, en el caso de que tratamos, vano. Y digo vano porque promete un paraíso de la carne, anuncia lo que en realidad no cumple. Es un fruto prohibido: la fuerza de su tentación es igual a la fuerza de la prohibición.

Así pues, cuando nuestra vista, una vez acostumbrada, se vuelve más fría y sólo capta a unas personas en cueros, muy forzadas, muy aplicadas a obedecer las órdenes del fotógrafo, ¡qué pobre resulta el espectáculo!. En el que lo mira no provoca sonrojo, sino un sentimiento de la solidaridad humana zaherida, ya que esa gente en cueros se manosea con tanto ahínco, que nos hacen pensar en

unos niños obstinados en hacer una cosa horrible, monstruosa, para que a los adultos se les pongan los pelos de punta; pero en realidad no lo consiguen, simplemente no dan para tanto, y su inventiva, exasperada ya tan sólo por la furia que les despista su impotencia, no se dirige hacia el Pecado y la Caída, sino hacia una tonta y lamentable hartadura. De modo que en los esforzados trabajos de aquellos grandes mamíferos desnudos se esconde un

infantilismo obtuso; no hay en ello ni infierno ni paraíso, sino una esfera tibia: el aburrimiento, las amarguras de una labor mal pagada...

En Strzybisz, en cambio, el sexo es rapaz, terrorífico y ridículo como en los viejos cuadros de flamencos e italianos esas caídas de los condenados en el abismo. Aboliendo el Más Allá nos es posible sentirnos distanciados de los pecadores que se precipitan hacia el Juicio Supremo dando volteretas; pero ¿qué clase de defensa tenemos contra un roentnógrafo? Son trágicamente cómicos esos esqueletos, a los que el cuerpo impide juntarse. ¿Que no son más que osamentas? No, no es así: precisamente vemos en ellos unos seres unidos en un abrazo encarnizado y torpe. La cosa sería simplemente lamentable si no fuese tan cruelmente cómica. ¿De dónde procede la comicidad? De nosotros mismos, ya que reconocemos la verdad. La razón de esas uniones desaparece junto con la corporeidad; los abrazos son estériles y abstractos, aunque terriblemente concretos, faltos de esperanza como llamas heladas y blancas.

Hay ahí, además, una especie de santidad (o bien una burla de ella, o una alusión), no añadida artificialmente ni trucada y bien visible: un halo rodea cada cabeza. Es el pelo, convertido en una pálida aureola redonda, brillante como en las imágenes sagradas. Por otra parte, sé muy bien lo difícil que es la tarea de desembrollar y designar los impulsos que componen el conjunto de impresiones del espectador. Para unos, la obra de Strzybisz es, literalmente, Holbein *redivivus*; en efecto, es muy singular ese retorno, por la vía de la radiación electromagnética, al mundo de los esqueletos: es como si volviéramos al medievo oculto dentro de nosotros. A otros les chocan los cuerpos convertidos en fantasmas impotentes, obligados a asistir a los difíciles ejercicios del sexo invisible. Hay también quien compara a los esqueletos con instrumentos sacados de sus estuches para la celebración de una iniciación misteriosa, y habla de la "matemática", de la "geometría. de aquella sexualidad.

Todo esto es muy posible, pero la tristeza que inspira el arte de Strzybisz no procede de la especulación. La Simbólica, alimentada por los siglos y durante siglos transmitida, ha continuado vegetando en nosotros aunque hayamos renegado de ella y, como vemos, no ha sido destruida. La hemos transformado en señalizaciones (calaveras en los postes de alta tensión y en los frascos de veneno en las farmacias), y en material escolar para ciencias naturales (esqueletos articulados con alambre fino de las aulas). La hemos condenado a éxodo, la expulsamos de la vida, pero no nos liberamos de ella por entero. Así pues, nuestra mente, incapaz de distinguir lo que constituye en el esqueleto su más proba materialidad, igual a la esencia de un tronco de árbol o de una viga incapaz de ver lo que expresa en él el silencio del destino, o sea el símbolo, cae en una perplejidad peculiar de la cual huye buscando la salvación en la risa. Sabemos, sin embargo, que es una alegría un tanto forzada, que nos refugiamos en ella para no entregarnos demasiado a Strzybisz.

La erótica, interpretada como la vanidad sin esperanza de toda intención, y el sexo como ejercicios de geometría del espacio, son los dos extremos de los "Pornogramas". Por lo demás, no estoy de acuerdo con quienes afirman que el arte de Strzybisz empieza y termina con los "Pornogramas". Si tuviera que decir cuál de sus desnudos me parece más notable, señalaría sin vacilar *La Embarazada* (pág. 128), una futura madre con su criatura encerrada en el seno. Esos dos esqueletos, uno dentro del otro, constituyen una imagen bastante cruel y muy ceñida a la verdad. El vientre voluminoso de la madre, enmarcado por las dos alas

blancas de la pelvis (la radiografía muestra el destino del sexo más rotundamente que el desnudo convencional), cobija a un esqueletito mucho más frágil y transparente, porque más tierno, vuelto cabeza abajo y protegido por esas alas, ya entreabiertas para el parto. ¡Qué mal describen la escena estas palabras, y en qué imagen de dignidad y pureza se funden los claroscuros del roentgenograma! Una mujer encinta en la plenitud de su vida (y de su muerte) y un feto todavía no nacido que empieza a morir ya desde su concepción. Hay en ese cuadro un reto tranquilo, una afirmación determinada.

¿Qué pasará dentro de un año? Las Necrobias caerán en el olvido, se impondrán nuevas técnicas y modas (¡pobre Strzybisz, cuántos imitadores tiene ya ahora, desde que ha alcanzado el éxito!). ¿No es

cierto esto? Sí, no cabe duda, pero no se puede evitar. Sea como fuere, y aunque esta velocidad de los cambios nos ahogue y nos condene a continuas renunciaciones y separaciones, en el momento actual, Strzybisz nos ha hecho un don generoso. El artista no se precipitó al fondo de la materia, no intentó

penetrar en los tejidos de los musgos y de los licopodios, no se inmiscuyó en el exotismo de escudriñar las perfecciones inútiles de la naturaleza, en esas investigaciones que la ciencia había inoculado al arte, sino que nos guió hacia los confines de nuestros cuerpos tal como son, sin exageraciones ni cambios, nuestros cuerpos reales. Actuando así, creó puentes entre la actualidad y lo futuro y devolvió la vida a la seriedad, olvidada ya por el arte. Y no es culpa suya el que esa resurrección sólo pueda durar unos momentos.

*\*Nota de Letras Perdidas: La obra "Necrobias", no existe, por lo que la editorial, el prólogo y los autores consignados son ficticios.*

**Stanislaw Lem (1921-2006):** Nació en 1921 en Lvov, ciudad de Ucrania que hasta 1939 perteneció a Polonia. Hijo único. Comenzó sus estudios de medicina en 1939, que quedaron interrumpidos durante la ocupación nazi. Durante la guerra fue miembro de la resistencia. Su familia, católica pero de ascendencia judía, se salvará del Holocausto en parte por suerte. Con el inicio de la gran guerra empieza a trabajar de soldador y mecánico, desde donde realizaba algunas acciones de sabotaje. Sobre esto, él mismo argumentaba que su cualidad de soldador era más bien pésima, por lo cual no le suponía realmente ningún esfuerzo el sabotaje. Además colabora con tráfico de armas y municiones para la resistencia polaca. Durante 1942 se salva su familia de las cámaras de gas de Belzec, gracias a documentación falsa y por huir justo a tiempo del ghetto de la ciudad. Dos años después, el ejército de la URSS toma la ciudad y Stanislaw es "repatriado" en 1946 a Cracovia retomando sus estudios de medicina en la especialidad de Psicología. Ese mismo año publica su primera obra, *Hombre de Marte* en una revista juvenil.



En 1948 abandona la carrera de Medicina por sus discrepancias ideológicas, además de también evitar la orden para los médicos de la incorporación a filas, como médico militar. A pesar de ser socialista, disienta de las ideas de Trofim Lysenko, favorecidas por el dogma oficial, acerca de la herederabilidad de los rasgos adquiridos. Sólo recibió un certificado de finalización de estudios.

En 1951 publica su primera novela; *LOS ASTRONAUTAS*, principalmente utópica, lo que contribuyó a que pasase la censura sin muchos problemas. Sobre esta época la Cibernética, una de las pasiones de Lem es prohibida en todo el bloque socialista por ser considerada una mala influencia del capitalismo.

En 1957 publica *DIARIOS DE LAS ESTRELLAS*. En 1959 se publica *EDÉN*. Es ésta la primera novela, en retrospectiva, con la que Lem estaba complacido (o al menos "no estaba avergonzado").

En 1961 publica *SOLARIS*. Que Andrei Tarkovsky convirtió en película, siendo galardonada con el Premio Especial de Jurado en el Festival de Cannes de 1972.

En 1964 publica *EL INVENCIBLE*, en 1965 *CIBERIADA: FÁBULAS PARA UNA ERA CIBERNÉTICA*, en 1968 *LA VOZ DE SU AMO*, *RELATOS DEL PILOTO PRIX*, en 1971 dos títulos ven la luz: *UN VACÍO PERFECTO* y *CONGRESO DE FUTUROLOGÍA*. En 1973 escribe *UN VALOR IMAGINARIO*, una colección de prólogos de libros no escritos, mezcla entre experimento y sátira.

En 1976 se publica *LA INVESTIGACIÓN*, y *LA FIEBRE DEL HENO*, en 1979 *MEMORIAS ENCONTRADAS EN UNA BAÑERA*, y en 1986 publica *UN MINUTO HUMANO*, revisión de tres libros que no existen. También publica *FIASCO*, novela seria en la que retorna al problema del contacto con inteligencias extraterrestres. Quizás la más madura de todas sus novelas.

Lem fue miembro honorario de la SFWA (escritores norteamericanos de ciencia ficción y fantasía) en 1973, pero fue expulsado en 1976 tras describir que la ciencia-ficción estadounidense era de baja calidad literaria y estaba más interesada en aventuras que en desarrollar nuevas ideas o formas literarias.

En 1977 fue reconocido como ciudadano honorario de Cracovia.

Con el colapso del comunismo en 1989, abandona en cierto modo la ciencia ficción y se dedica a escribir informes de análisis para algunos gobiernos y organizaciones sobre el

futuro más cercano. Sus últimos años fue miembro fundador de la Sociedad Polaca de Astronáutica. Desde 1973 hasta sus últimos años enseñó literatura polaca en la Universidad de Cracovia.

Falleció el 27 de marzo de 2006 en Cracovia a los 84 años de edad, después de una larga enfermedad coronaria.

AL INDICE

## 6. LAS COSAS QUE VENDRAN (...y que pasan)

El **Grupo de Creación Artística ESPIRAL del Género Fantástico**  
y el **Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso**  
convocan al

### **IV ENCUENTRO TEÓRICO DEL GÉNERO FANTÁSTICO ANSIBLE 2007**

*Conmemorando el centenario del natalicio de **Robert Heinlein**  
y los 30 años de la desaparición física de **Oscar Hurtado***

Por cuarto año consecutivo el **ANSIBLE**, un encuentro abierto y de participación gratuita, convoca a críticos, escritores, investigadores, artistas, promotores y aficionados cubanos a las más amplias manifestaciones del arte y la literatura del género fantástico para intercambiar opiniones y conocimientos sobre el estado del arte del género en Cuba y el mundo, los días **25 y 26 de Mayo**, de 10:00AM a 5:00PM, en la sede habitual del **Centro Onelio**.

Los temas centrales de este VI Encuentro girarán en torno a:

- ❖ **Espacios alternativos de difusión del arte y la literatura fantástica. (clubes, e-zines, fanzines)**
- ❖ **La literatura fantástica femenina en Cuba**
- ❖ **Literatura fantástica para niños y adolescentes**
- ❖ **Espacios editoriales y espacios narrativos del fantástico en Cuba**
- ❖ **Las tendencias nacionales en la literatura del género.**

Las formas de participación serán las ya habituales:

- ❖ **Encuentro teórico: conferencias, paneles y carteles**
- ❖ **IV Concurso de Creación Literaria ARENA 2007**
- ❖ **Muestra Cinematográfica del género Fantástico.**
- ❖ **Lanzamiento de libros y publicaciones afines.**
- ❖ **Homenajes a creadores.**

Los interesados en participar en el Evento teórico con ponencias, posters o paneles deben contactar al COMITÉ ORGANIZADOR antes del 30 de abril de 2007 a través del teléfono:

**206-5366/67 ext 107**

E-mails: [espiral@centro-onelio.cult.cu](mailto:espiral@centro-onelio.cult.cu) y [espiralgrupo@yahoo.es](mailto:espiralgrupo@yahoo.es)



**CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA  
DEL GÉNERO FANTÁSTICO**

## CONVOCATORIA

El Grupo de Creación Artística ESPIRAL del Género Fantástico y el Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso convocan al IV Concurso de Creación Literaria del Género Fantástico ARENA 2007.

1. Podrán concursar todos l@s escritor@s interesad@s, sin límite de edad, residentes en Cuba y que no posean libros publicados dentro del género.
2. Se convoca en la modalidad de Cuento corto de hasta 5 cuartillas a 1,5 espacios en formato carta (8 1/2 x 11 pulg.), tipografía Time New Roman o Arial, puntaje 12. Las obras se entregarán en original y dos copias.
3. Las obras, escritas en castellano, reflejarán temáticas del género fantástico (ciencia ficción, fantasía, cuento fantástico, terror fantástico y absurdo) y no deben haber sido publicadas con anterioridad (impresa o digitalmente). Podrán concursar hasta tres obras por autor.
4. Las obras deberán entregarse en sobre cerrado identificado con el nombre del concurso y el seudónimo del autor e ir acompañadas, en sobre aparte con igual identificación, de los datos generales del autor: nombre y apellidos, edad, dirección particular, teléfono, e-mail (si posee).
5. Las obras se entregarán o enviarán por correo postal a la dirección : Concurso ARENA 2007 -Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso  
Ave. 5ta. Nº 2002 esq. a 20, Miramar, Playa, Ciudad Habana, CP 11300
6. Se otorgará un Premio único consistente en 500,00 pesos MN y diploma, así como libros y otras sorpresas relacionadas con el género; y dos Menciones de igual categoría. El jurado estará integrado por reconocidos investigadores y escritores del género.
7. El veredicto del jurado será inapelable y se dará a conocer en la sesión de clausura del IV Encuentro Teórico del Género Fantástico ANSIBLE 2007.
8. Las obras participantes no se devolverán.
9. No se aceptará la participación por correo electrónico.
10. La participación en el concurso supone la total aceptación de sus bases.
11. El plazo de admisión vence el 15 de mayo del 2007. El matasellos de correo dará fe de la fecha de envío.

**Centro de formación literaria Onelio Jorge Cardoso  
Ave. 5ta. Nº 2002 esq. a 20, Miramar, Playa, Ciudad de La Habana**

**Teléfonos: 206-5366/67**



AL INDICE

## 7. ¿COMO CONTACTARNOS?

Sí tienes algún comentario, sugerencia o colaboración escríbenos a:

darthmota@centro-onelio.cult.cu

jartower@centro-onelio.cult.cu

espiral@centro-onelio.cult.cu

aceptamos cualquier colaboración seria y desinteresada. Traten de ponerla en el cuerpo del mensaje.

Advertencia: Los mensajes de direcciones desconocidas que contengan adjuntos serán borrados.

Para suscribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la palabra "BOLETIN" en el asunto.

Para desincribirte envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase "NO BOLETIN" en el asunto.

Para obtener números atrasados envíanos un correo en blanco a:

disparoenred@centro-onelio.cult.cu

con la frase en el asunto "Numeros anteriores" y el número del correo atrasado que deseas entre paréntesis a continuación. Si los quieres todos escribir a continuación "todos".

**Ejemplos:** Con el asunto "Numeros anteriores (2)(5)(20)" obtendrías los números 2, 5 y 20 del Disparo en Red. Con el asunto "Numeros anteriores todos" obtendrías todos los números del Disparo en Red existentes.

[Al INDICE](#)